

LOS DESESPERADOS DE XANTROO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

Los desesperados de Xantroo

Kelltom McIntire

La Conquista del Espacio/485

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella noche apenas pude dormir. Vueltas y más vueltas en la cama, completamente revuelta y en desorden, el cuerpo empapado en sudor, me sentía atosigado y nervioso.

¿Se debía mi inquietud al remordimiento, al sentimiento de culpa o, simplemente, mi sentido de la responsabilidad...?

Jack Ambler, Ruth Smith y Aretta Robin habían muerto la tarde anterior. Yo mismo pude contemplar sus cadáveres en lo más profundo de la hondonada, aquellos cuerpos horriblemente destrozados a picotazos, parcialmente devorados.

Sabíamos quiénes eran los responsables de aquella carnicería horripilante: los *worroks*, aquellos enormes buitres de aspecto prehistórico, aves de seis metros de envergadura, en transición de su primitivo estado de reptiles al de poderosos depredadores alados.

Pasmados de espanto, silenciosos y angustiados, varias personas contemplábamos los pobres restos de tres de nuestros camaradas: el doctor Bering, el ingeniero Bill Summers, el piloto Temple, el jefe de seguridad Bob Kimpling, Artemisa Brown, la guapa muchacha de color que se ocupaba de la meteorología, y yo mismo, el coronel Paul L. Wolfman.

No éramos individuos pusilánimes, precisamente. La verdad era que la selección para integrar la misión «New Energy» se había llevado a cabo de forma rigurosa, de tal modo que de los más de diez mil candidatos presentados a la convocatoria sólo habíamos quedado doscientos sesenta.

«Ahora sólo restamos doscientos cincuenta y siete», pensé, sombrío.

Allan Henng, el médico se había inclinado sobre el cadáver de Jock Ambler... si cadáver podía llamarse a aquel pequeño montón de piltrafas.

—Es extraño —murmuró Bering, más para sí que si hablara en voz alta.

Me incliné hacia él, pero una maloliente vaharada me obligó a proteger mi nariz y mi boca con la mano.

—¿Qué es lo extraño? —indagué.

Sin abandonar su postura en cuclillas, el doctor Bering se volvió hacia mí.

—Hay una necrosis en la nuca de Jock —dijo.
El médico le había dado la vuelta al cadáver sumariamente y me mostraba la parte posterior del cuello de Jock Ambler.
En efecto, podía advertirse un gran círculo negruzco en la nuca. Una mancha redonda de unos diez centímetros de diámetro que llegaba al nacimiento del cabello. El pelo más que quemado, parecía fundido en pequeñas bolitas oscuras.
—Parece el resultado de un potente disparo con arma electrónica —susurré, pensativo.
Bering asintió en silencio.
—¿Un disparo? ¿Pero por qué, quién disparó?
Me había puesto en pie y estaba pensando en ello, cuando el doctor Bering volvió a llamar mi atención. —Aquí, coronel.
Estaba examinando los restos de Aretta Robin. Cuando me incliné para mirar, traté de imaginarme aquel bello cuerpo entero y lleno de vida. Aretta había sido una muchacha muy hermosa: delgada, pero llena de femenina elegancia, cabellos caoba, ojos pardos, húmedos labios...
—También ella recibió un disparo —afirmó Bering, mostrando la parte superior de su busto casi destrozado por los duros picos de los worrocks.
Sí, también allí había una necrosis provocada por un disparo electrónico.
Kimpling se acercó a mí. Era rudo, tenía unos ojos azules estrechos y penetrantes y un cuerpo grande, fuerte y musculado.
—¿Qué ocurre? —inquirió en voz baja.
—No lo sabemos... aún —respondí—. Jock Ambler y Aretta Robin no murieron como imaginábamos, al parecer. Bering acaba de descubrir en esa carnicería sendos disparos electrónicos.
Kimpling murmuró algo sobre dientes y se separó de nosotros. Le vi descender por la terrera rojiza y detenerse a palpar el reseco polvo aquí y allá. .
Entretanto, el médico había reunido valor suficiente para examinar los restos de Ruth Smith. Aquello era más un esqueleto que lo que se entiende por un cadáver, pero Bering conocía bien su obligación y no se apartó de allí hasta descubrir una necrosis tras la oreja derecha de Ruth.
—¿Quiere verlo? —preguntó el médico.
Avancé unos pasos mecánicamente, pero volví la vista al descubrir aquel horripilante cráneo del que faltaban los ojos: los worrocks los habían arrancado a picotazos.
Bering se reunió conmigo. A diez metros de distancia, Summers, Temple y Artemisa Brown nos contemplaban con curiosidad y temor.
—No lo comprendo —dijo el médico—. ¿Quién disparó contra ellos?

¿Quién fue el asesino?
Yo no podía saciar su curiosidad en aquel momento, aunque comenzaba a sospechar la verdad.
Dos minutos después, Bob Kimpling vino hacia nosotros. Traía algo en la mano: una pistola electrónica.
—Número 83 —leyó el número grabado en la culata, tras limpiarla de aquel polvo rojizo—. Es el arma de Ruth Smith, ayudante de mantenimiento. Ruth la usó, no cabe duda: su carga está a la mitad.
Me dirigió una rápida ojeada y de repente, giró y corrió hacia los restos mortales de Ambler, Smith y Robin. Era un hombre con gran fuerza de ánimo y no le importó rebuscar entre aquella carnicería: poco después volvía con dos pistolas, cuyas fundas estaban manchadas de sangre reseca.
— Ya lo tengo —dijo. Y .todos le miramos, ansiosos.
—¿Qué?
—Ruth Smith mató a Jock Ambler y a Aretta Robin —declaró Kimpling, sin pestañear.
—¿Cómo puedes asegurarlo, Bob? —le dije, aunque presentía que mi jefe de seguridad había acertado plenamente.
—Es fácil —respondió. Puso dos pistolas con sus fundas en el suelo y extrajo las armas, las examinó brevemente y añadió—: Jock y Aretta no utilizaron sus pistolas. Sólo se disparó la de Ruth. Luego ella los mató.
Cerca de mí, Artemisa Brown tragó saliva. Advertí que rompía a sudar copiosamente.
—Pero ¿por qué? —estalló el teniente Temple, tan tembloroso y agitado que todos nos volvimos a mirarle.
Kimpling escupió sobre el polvo rojo de la terrera. —No lo sé —respondió.
Arriba se oyeron unos graznidos espeluznantes. Artemisa exhaló un gritito y se cobijó junto a mí.
Miré hacia las alturas, utilizando mi mano derecha como pantalla para evitar los cegadores rayos del sol de Xantroo y vi la bandada de colosales worrocks que sobrevolaban la hondonada. Su vuelo planeado era tan majestuoso que por un momento les seguí con la vista, maravillado.
Pero aquellas formidables carroñeras eran animales peligrosos, capaces de atacar a cualquiera de nosotros, e inmediatamente me puse sobre aviso.
Fue entonces cuando escuchamos el agudísimo chillido del piloto Jack Temple. Le vimos correr locamente cuesta arriba, resbalar en la terrera, incorporarse y continuar su veloz ascensión hacia la plataforma rocosa donde permanecía la aeronave a hélices que nos había traído hasta aquel lugar.

Temple se detuvo al borde de la profunda hondonada, desenfundó su pistola y disparó como un loco hasta agotar la carga de su arma electrónica. Inútilmente, pues los worrocks planeaban a más de setecientos metros sobre nuestras cabezas y los disparos de su arma no tenían alcance suficiente.
A todo esto, Temple seguía exhalando chillidos capaces de helar la sangre a la persona más indiferente.
De repente, desapareció. Comprendiendo que se encontraba fuera de sí, comencé a escalar la pendiente a toda la velocidad que mis cuarenta y un años me permitían.
Antes de llegar arriba advertí que Bob Kimpling había tenido la misma idea que yo, con la diferencia de que era él quien había ganado la carrera.
Logramos alcanzar a Jack Temple en la carlinga de la «Mosca» a hélices antes de que el piloto despegase. Parecía evidente que Jack, perdida la razón, pretendía elevarse para perseguir desde el aire a los worrocks... En su estado de ánimo, lo más probable sería que se estrellase contra los picachos que circundaban la hondonada o que chocase contra las enormes carroñeras, lo que vendría a tener un resultado parecido.
Temple arrojaba espuma por la boca y se debatía como un diablo entre nuestras manos. Bruscamente, mordió a Kimpling, quien gritó entre dientes y apartó la mano desgarrada.
No tuve más remedio que golpear a Jack entre los ojos con un puñetazo fuerte y seco. Entonces puso los ojos en blanco y se derrumbó sin un gemido.
Poco después los demás se reunían con nosotros en la «Mosca», Bering curó su mano a Bob Kimpling y luego maniatamos al piloto en prevención de que, al volver en sí, continuase en su estado de loca excitación.
Contemplándole en silencio, Kimpling movió la cabeza.
—¡Pobre muchacho! —exclamó, sinceramente condolido—. El fuerte sol, primero, y la visión de esos pobres restos después, le han conmocionado tan fuertemente que ha perdido la razón, aunque sólo sea de forma transitoria.
Quizá Bob tuviera razón, pero días atrás, yo había visto cómo miraba Jack a Aretta Robin: era la suya una expresión amorosa, apasionada... Quizá Temple estaba enamorado de Aretta. Y ahora…
Me imaginaba que Jack sufriría horriblemente cuando volviera en sí y reconociera la horrible verdad. Durante algunos minutos había logrado contener sus sentimientos, mientras Bering, Kimpling y yo examinábamos los cadáveres. Y luego algo había estallado en su cerebro y se había desatado en un impresionante paroxismo de violencia, brutalidad y consternación.

Me sorprendí a mí mismo sintiendo aquella conmiseración hacia el teniente Temple. ¿Y yo, no era digno de lástima?
El ingeniero Summers vino a sacarme de mi íntima abstracción.
—Hay una nube de insectos sobre los cadáveres. Si no nos damos prisa en recogerlos, en pocos minutos apenas quedarán los huesos— dijo.

CAPÍTULO II

Finalmente, me resigné a permanecer en vela el resto de la noche.
—Al diablo con todo —gruñí. Me incorporé, bebí un largo trago de licor y encendí un cigarrillo.
Las luces indirectas, de un tono azulado muy agradable, iluminaban suavemente mi cabina en toda su extensión. Era una estancia amplia, cómoda, acogedora: el blando y ancho lecho en el centro, los muebles metálicos empotrados de brillo mate, el cuarto de baño al fondo...
Añoraba la presencia de una mujer. *De mi mujer*.
—¿Para qué? —me pregunté—. Janice ya no existe, no es nada, ni siquiera un remoto recuerdo en mi mente. Yo la destruí. Y a su vez, ella me destruyó a mí…
Al diablo. Al diablo todo. ¿Responsabilidad por las muertes de Jock, Ruth y Aretta? ¿Por qué? Durante los tres meses que había durado la travesía desde la Tierra al distante Xantroo, yo había conseguido averiguar algo que había escapado al fino instinto de los experimentados psicólogos encargados de seleccionar a la tripulación del Cosmeagle-I. A saber: que las doscientas sesenta personas que viajaban a bordo de la colosal astronave componían una verdadera legión de desesperados.
Todos, uno por uno, teníamos motivos sobrados para odiar la vida, desde el hermético coronel Paul L. Wolfman, jefe de la astronave —es decir, yo—, hasta el más insignificante operario de a bordo.
Averiguar que todos éramos unos desesperados me llevó algún tiempo, pero finalmente no me cupo ya ninguna duda. Bastaba con observar la conducta de las personas que habíamos viajado hasta el planeta Xantroo, de Alfa—Centauro: todos éramos individuos introvertidos, huraños, silenciosos, malhumorados... Jamás pude captar una expresión de simpatía, de esperanza; de alegría o de compasión en aquellos rostros. Y cada una de aquellas expresiones ceñudas y cerradas podía volver a contemplarlas ahora de una forma muy simple: contemplándome a mí mismo ante el espejo.
Con fría sutileza, había sonsacado a algunos de ellos datos suficientes para refrendar mis observaciones. Por ejemplo, con gran esfuerzo logré saber que el doctor Allan Bering había dejado morir a su propia esposa en una noche de borrachera: una simple apendicitis,

pero Bering yacía en el lecho absolutamente derribado por el alcohol, mientras su mujer agonizaba después de suplicar su ayuda insistentemente...
Las historias —las sucias, oscuras historias— se repetían entre los miembros de la dotación de forma obsesionante. Unas eran más trágicas, impresionantes, otras absurdas hasta llegar a lo grotesco.
Las doscientas sesenta personas del Cosmeagle-I habían venido a Xantroo porque no tenían ninguna esperanza en este mundo. La operación «*New Energy*» era sumamente arriesgada: según el ingeniero Worton, de la *Worldspace Agency*, las posibilidades de sobrevivir, de regresar indemnes a la Tierra, apenas podían contabilizarse en un treinta por ciento. Es decir: todos podíamos contar con un setenta por ciento de posibilidades de sucumbir.
Y en el fondo, ¿no era esto lo que deseábamos? Las personas que habían venido a Xantroo eran conscientes de que exponían seriamente sus vidas al abandonar la Tierra. Y, sin embargo, ni uno solo de los seleccionados se echó atrás cuando partieron hacia la Luna, donde acababa de ser montado el gigantesco Cosmeagle-I.
Jock, Ruth y Aretta habían sido los primeros en sucumbir. Nadie se alegraba por ello, pero ninguno de ellos debía padecer excesivamente por tal causa. Morirían muchos más, era de prever. Y cada uno de nosotros debería mantener el cerebro frío y sereno, de forma que los que quedaran al final pudieran contar con la fría satisfacción del éxito.
Razonamientos, razonamientos, razonamientos... pero yo había perdido el sueño a causa de aquel incidente. ¿Hasta dónde alcanzaba mi responsabilidad como guía y jefe de la expedición?
Yo había advertido personalmente a Jock Ambler del riesgo que corrían emprendiendo aquella expedición solos. Habían, por fin, partido los tres a bordo de un vehículo a orugas.
—El lugar que me interesa está a unos ciento veinte kilómetros, hacia el Suroeste —me había indicado Ambler, que era zoólogo—. Tardaremos un par de horas en ir y otras tantas en volver. Créame, coronel, no veo el menor peligro en la sencilla expedición.
En cierto modo, tenía razón. Durante los dieciséis días que llevábamos en Xantroo, no había tenido lugar el menor incidente desagradable.
Habíamos montado un vivaque compuesto por resistentes piezas de aluminio ensambladas, que serviría de almacén, y en el que viviríamos durante las horas del día, dieciocho en Xantroo. Una airosa torreta de treinta metros, coronada por una cabina para el vigía, dominaba el conjunto.
Desde aquella cabina, Jock Ambler había permanecido muchas horas, examinando el terreno a su alrededor a través de unos prismáticos de largo alcance. Había visto volar unas extrañas aves en la lejanía. Y

también había entrevisto vagamente unas enormes siluetas que Ambler consideraba animales, mamíferos. Su ansia científica le empujaba a estudiar, a contemplar y clasificar a aquellos seres lo más cerca posible.
—Aretta Robin vendrá conmigo —había anunciado Ambler—. Aunque su especialidad es la de ayudante de laboratorio, conoce la técnica cinematográfica y me será de mucha utilidad.
¿Por qué, entonces, se les había unido a última hora Ruth Smith, especializada en Mineralogía...?
Entre Bob Kimpling y yo logramos reconstruir los antecedentes de la tragedia ocurrida en la hondonada de los *worrocks*: una historia sucia, triste y, por tanto, humana.
Ruth Smith era... lesbiana. Bajó su apariencia de mujer fría y eficiente se escondía un volcán de sensaciones y apetitos jamás satisfechos.
A lo largo de la travesía espacial, Ruth había intimado con Aretta Robin, que tenía una apariencia frágil e ingenua, mil veces femenina: el tipo justo para Ruth Smith:
Presionado por Ruth, Ambler había accedido a pedirme que permitiera una persona más en la expedición.
—Ruth Smith llevará un equipo de detección de *xindrio*. Si de paso, encontramos algo interesante, tanto mejor, coronel —me dijo Ambler.
Luego, a ciento veinte kilómetros del campamento, había tenido lugar la tragedia. ¿Cómo pudo suceder...?
Parte del enigma lo habían revelado las declaraciones de Sonja Hasmann, una enfermera que compartía su cabina con Aretta Robin.
—He dudado mucho antes de venir aquí, coronel Wolfman, pero finalmente he decidido que usted debe saberlo...
La noche anterior a la expedición a la hondonada, Sonja se disponía a penetrar en la cabina que compartía con Aretta, cuando se detuvo a la puerta al escuchar las coléricas voces que se oían dentro.
—¡...De ninguna forma te lo permitiré, Aretta! era Ruth la que gritaba, encendida de ira—. ¡Antes... te mataría!
—¡Por amor de Dios, Ruth! —gemía Aretta—. ¿No lo comprendes? ¡Yo estaba equivocada! Me sentía desamparada, sola, angustiada... Tú fuiste muy buena conmigo, me trataste afectuosamente, me protegiste. Pero ahora... ¡ahora sé muy bien que nuestra relación no puede continuar! Me duele decírtelo, Ruth, pero... empiezo a sentir repugnancia por esto que tú y yo...
—¿Ahora sientes repugnancia? —vociferaba Ruth—. ¡Demasiado tarde, pequeña! En cuanto a ese Temple, si es preciso le mataré... ¡Mataré a todos, recuérdalo! Pero tú, tú...
Al día siguiente, Jock Ambler, Ruth y Aretta habían abandonado el campamento en un vehículo a orugas. Para no volver.
Jamás podríamos saber lo que había ocurrido en la hondonada. Era

muy probable que Ruth y Aretta hubieran vuelto a discutir... Quizá Jock salió en defensa de Aretta... Quizá el infierno se desató en el corazón atormentado de Ruth Smith. Lo cierto fue que disparó contra Jock y contra Aretta y que ahora los tres estaban muertos.
Sus cadáveres habían comenzado a descomponerse rápidamente bajo los ardientes rayos del sol y los voraces worrocks pudieron devorar parte de sus cuerpos antes de que cayera la noche.
Jack Temple, muy excitado, me pidió aquella misma noche que le permitiera hacer una descubierta. No se lo permití: apenas habíamos explorado una minúscula parte del cinturón subtropical de Xantroo y el peligro potencial era excesivo, sobre todo en las sombras nocturnas.
Poco antes del amanecer nos pusimos en camino. La presencia de más de cincuenta *worrocks* en las proximidades de la hondonada nos sirvió de orientación. Cuando el «Mosca» descendió sobre el borde de la hoya, una docena de carroñeras se elevaron de las profundidades y nosotros comenzamos el descenso.
Bien... ¿Para qué lamentarse ahora? No había ocurrido más que lo que era de esperar: tres de los nuestros habían muerto. Habían conseguido el fin que les aguardaba desde mucho tiempo atrás.

CAPÍTULO III

La llanura ardía bajo los cegadores rayos del brillante sol de Xantroo. El aire, calentado a casi cien grados centígrados, provocaba violentas corrientes térmicas que elevaban cenicientas nubes de arena.
En el horizonte se difuminaba la línea verdosa de la selva. Hacia el norte se hallaba uno de los polos de Xantroo enorme extensión helada que cubría una cuarta parte del planeta. Hacia el Sur, el ecuador, cuya superficie se veía constantemente sometida a la acción de los violentos movimientos telúricos.
Xantroo, con una masa doce veces superior a la de la tierra, era un planeta impresionante por sus fuertes contrastes: regiones polares dilatadas, heladas, sin vida; desiertos sin fin en el ecuador, y una franja exuberantemente verde en los trópicos, con selvas impenetrables donde los árboles llegaban a los sesenta metros de altura, salpicada de ciénagas, pantanos y lagos.
Me imaginaba lo que ocurriría cuando en una fecha remota comenzara el deshielo de las imponentes masas de los circulas polares: las aguas cubrirían algo más de tres cuartas partes de la superficie del planeta. Es decir, algo parecido a lo que debió ocurrir en la Tierra hace millones de años.
De todas formas, Xantroo era subyugante y apto para la vida: atmósfera rica en oxígeno, agua abundante, recursos del suelo, fauna y flora suficientes...

El equipo de científicos de la misión opinaba que la evolución de Xantroo se encontraba en un estadio semejante a la de nuestra Tierra en la Era Cuaternaria... ¿Había seres humanos en este planeta? Los científicos decían que no, pero todo esto no suponía sino una parte secundaria de nuestra misión.
Porque no habíamos venido a Xantroo a estudiar sus condiciones de vida, sino a robar su energía. Pero será mejor empezar por el principio...
Un vehículo «Inquirer» pilotado por el comandante Eugene Duchamps y con una dotación de veinte personas, se había posado sobre la superficie de Xantroo catorce años atrás.
El francés Duchamps hizo un breve estudio sobre el planeta, tomó algunas muestras de vegetales y minerales y levantó el vuelo.
Uno de los minerales que llevó a la Tierra era el *xindrio*, elemento químico, metálico, radiactivo, que fue sometido a diversas pruebas durante ocho años. El resultado final fue que el *xindrio* superaba muchas veces al uranio en energía potencial.
Y si el *xindrio* podía hallarse nativo en la superficie de Xantroo, ello suponía una reserva increíble de energía.
En la Tierra las reservas petrolíferas se iban extinguiendo a velocidad angustiosa. Un par de decenios más y la crisis energética total sería un hecho. La consternación que esto llevaría consigo era fácilmente imaginable: ciudades muertas, escasez de alimentos, enfermedades, muerte...
Sin embargo, la técnica espacial había avanzado asombrosamente en el último medio siglo. Lo que resultaba imposible llevar a cabo cuando el comandante Duchamps descendió sobre Xantroo, era ya realizable, como lo demostraba la impresionante estructura del Cosmeagle-I posado sobre la llanura.
Mientras contemplaba estupefacto aquel mundo nuevo, comencé a especular con extraños e íntimos razonamientos...
—Si la Tierra agoniza, si la vida allá se acaba, ¿por qué no comenzar una nueva existencia aquí, sobre la superficie de Xantroo, en lugar de acarrear hasta nuestro planeta los inacabables recursos energéticos de este mundo? —me pregunté.
Naturalmente, no tenía en cuenta la triste verdad: los humanos seríamos capaces de hacer estallar la Tierra en aras de nuestro egoísmo... antes de abandonarla. Por otra parte allí habíamos nacido, evolucionado, fenecido... Allí estaban nuestros monumentos, nuestras macrópolis, nuestros intereses y... nuestros muertos.
Por otra parte, yo nada podía hacer por cambiar la mentalidad de los terrestres: debía limitarme a cumplir con mi trabajo.
La misión «*New Energy*» no se basaba principalmente en llevar dos mil toneladas de *xíndrío* a la Tierra. Aunque si todo se desarrollaba

según los planes, las bodegas de la Cosmoagle-I irían llenas a rebosar de mineral a nuestro regreso, nuestro objetivo principal era otro: había que detectar los yacimientos de *xíndrio*, situarlos geográficamente, estudiar al milímetro las técnicas de extracción y evaluar lo más aproximadamente posible las cantidades de minerales existentes en Xantroo.
Era una tarea ardua y dificultosa por demás. Los estudios llevados a cabo por la *Worldspace Agency* especificaban que nuestro trabajo no podría realizarse en menos de 240 días terrestres, es decir, unos ocho meses.
Por fortuna, el majestuoso Cosmeagle-I estaba dotado de recursos sin fin para hacer posible nuestro trabajo: en sus hangares inferiores se almacenaban aeronaves de gran y mediana velocidad y también vehículos náuticos y terrestres. Todos estaban dotados de sistemas autónomos de locomoción y se les había acoplado modernísimos aparatos electrónicos para detectar los yacimientos de *xindrio*.
Poseíamos víveres, medicamentos y energía suficiente para resistir años enteros, sin tener en cuenta que en la superficie de Xantroo encontraríamos recursos naturales para la alimentación.
Sin embargo, siempre surgen los fallos. El primero se produjo cuando el gigantesco Cosmeagle-I se aproximaba a la zona gravitatoria del hermoso planeta. A 1.000 kilómetros de su superficie, la gran astronave fue sacudida repentinamente con una violencia indescriptible. Durante treinta segundos, nuestro vehículo fue sacudido brutalmente, algunos instrumentos muy pesados fueron desgajados de cuajo de sus anclajes metálicos y el caos reinó en nuestro entorno durante un espacio de tiempo que, aunque minúsculo, se nos antojó eterno.
Docenas de personas resultaron lesionadas de mayor o menor gravedad, mientras los más vagaban enloquecidos por los pasillos de la nave, convencidos de que había llegado el instante final de sus existencias.
En la cabina de mando no iban mucho mejor las cosas. Jorge Campos, mi copiloto primero, se había desmayado y su cabeza colgaba como un péndulo sobre el pecho; el segundo copiloto, Ted Bradford, tenía el rostro encendido como una granada y arrojaba sangre por la boca y yo mismo sentía la angustiosa sensación de que mi cerebro iba a estallar de un momento a otro.
De todas formas, aspiré aire impetuosamente y traté de fijar mi atención en las pantallas de los monitores automáticos, cuyos rojos intermitentes de alarma destellaban sin cesar.
—Alteración magnética... Valor: 10.050 kilotoneladas... Derrota desviación: 34º... Despresurización: 6 atmósferas —fui leyendo desatinadamente. Y mis dedos pulsaban con desmayo las teclas del

ordenador para rectificar todos aquellos errores.
Bruscamente cesé, la trepidación y el maremágnum de pitidos y vibraciones dejó de escucharse. Los monitores:
—Normalización… Normalización... Derrota desviación...
De pronto me di cuenta de que la sangre que había brotado de mi boca y nariz manchaba todo el panel y estúpidamente busqué algo con que limpiarlo.
Cuando volvió la calma, el ordenador fue arrojando los datos fríamente: acabábamos de superar un poderoso cinturón magnético —más tarde sería bautizado con el nombre de Cinturón Wolfman— de algo más de cien kilómetros de espesor. En consecuencia, el Cosmoagle—I había sido catapultado con tanta fuerza que ahora la astronave estaba rodeando Xantroo en órbita, cuando en realidad habíamos decidido penetrar tangencialmente en la atmósfera del planeta para descender sobre la faja subtropical.
Todo esto era consecuencia de que el comandante Duchamps no hubiera anotado la existencia del Cinturón Wolfman. Aunque es posible que la pequeña masa de la astronave del francés hubiera sido sometida a una perturbación física tantas veces menor como la diferencia entre su nave y el enorme Cosmeagle-I.
Una hora después, la astronave se posaba suavemente en la llanura que ahora ocupábamos. En la cabina de mando, el doctor Bering se ocupaba de reanimar al comandante Campos —Ted se encontraba ya en forma—, cuando decidí echar una ojeada fuera.
Fue la primera vez que tropecé con Claire Thomas.
Era una mujer de unos veintiocho años, ágil y esbelta. No pude establecer si era fea o guapa, aunque su cuerpo era prodigiosamente armonioso, pues llevaba unas enormes gafas de cristales ahumados y su rostro estaba manchado de negro. Parecía una mulata, a juzgar por sus cabellos espesos y rizados, muy negros, y el tono de su piel.
Lo que es bien cierto: en medio de un coro de gemidos, blasfemias, gritos y general conmoción, Claire Thomas era la única persona que mantenía la calma.
Había organizado rápidamente un hospital de campaña en el salón de recreos e iba y venía continuamente, dando ánimos, acallando gemidos, restañando heridas, ofreciendo bebidas, vendando rasguños ... Y todo esto al tiempo que recomendaba con voz pastosa y convincente:
—Calma, calma. Todo está bajo control... No ocurre nada importante: el coronel Wolfman controla la astronave... ¡Nada de gritos! No hay motivo para histerismos. Toma, Jane. Tú, Gwen, échame una mano… ¡Date prisa con esas vendas, Jennie! Muy bien, traed a Ron. Aquí. Así. Calma... Ya estamos en tierra y todo va bien.
Prodigiosamente eficiente, Claire Thomas se imponía a hombres y

mujeres, serenaba los ánimos, ayudaba, colaboraba y dirigía.
No había visto nunca a aquella mujer, por la sencilla razón de que, desde que partiéramos de la base lunar, yo había pasado la mayor parte de mi tiempo libre en la soledad de mi cabina.
Había algo en Claire Thomas que subyugaba y atraía: como una especie de magnetismo personal que obligaba a mirarla, a dedicarle atención.
¿Quién era? Lo supe poco después a través del intendente, Dan Vitale.
—Claire Thomas, 28 años, ingeniero—analista en Electrónica.
Estuve observándola, admirado, durante unos minutos. Luego Ted Bradford se reunió conmigo y me arrancó de allí.
Aquél fue el primer fallo. El segundo se concretó en los aparatos de detección: los había instalados en los vehículos y también nos habían entregado ciento cincuenta contadores portátiles semejantes a los contadores «Geiger» más avanzados. Pero en la superficie de Xantroo aquellos contadores se demostraron perfectamente inútiles. Las condiciones magnéticas del planeta y las propiedades del *xindrio* impedían que aquellos aparatos funcionaran.
El problema parecía insoluble. Era imposible pedir a la *Worldspace Agency* que nos construyesen nuevos contadores y en cuanto al envío...
Preocupado por ello, volví a entrevistarme con Dan Vitale.
—Quizá podamos resolverlo —respondió Vitale, enigmáticamente.
—¿Qué quiere decir?
—La doctora Claire Thomas posee una iniciativa increíble. Desde que comprobamos que los equipos de detección eran inoperantes, ella comenzó a realizar algunos experimentos en su vivaque. Ha estado midiendo minuciosamente el magnetismo que producía perturbaciones en los contadores y ha llevado a cabo numerosas pruebas con muestras de *xindrio*. Claire Thomas cree que podría construir nuevos contadores portátiles, que también podrían adaptarse a los vehículos de que disponemos.
—¿Está seguro de que esos aparatos funcionarían?—pregunté, desconfiado.
Vitale me mostró un esquema.
—No entiendo mucho de Electrónica, pero este boceto es obra de Claire Thomas. Parece algo muy concreto. Por lo demás, yo confío en esa mujer. Es un portento en cuanto a conocimientos electrónicos —aseguró.
Naturalmente me entrevisté con la señorita Thomas y hablamos de su proyecto y de las posibilidades de construir un prototipo de detector de *xindrio*.
Durante los treinta minutos que permanecí junto a ella, experimenté

constantemente una extraña y desconocida inquietud. Cuanto más miraba a Claire Thomas, más me parecía advertir en aquella esbelta mujer algunos rasgos fisonómicos que me resultaban familiares.
—No. Es una locura —me dije—. Esa piel de pigmentación negroide, esos ojos oscuros, esos cabellos negros y rizados...
—Me pondré a montar el prototipo hoy mismo, si usted me autoriza, coronel —dijo ella, finalmente.
—Sí, por favor —le rogué—. Piense que de usted depende el éxito de toda la misión *New Energy*.
Me miró un momento a través de los oscuros cristales de aquellas gafas que llevaba continuamente.
—Pero usted, personalmente, coronel, no abriga muchas esperanzas de que mi prototipo resulte verdaderamente útil, ¿verdad? —Insinuó. .
—En realidad, no tengo la menor esperanza —respondí brutalmente —. Pero mi deber es intentarlo por todos los medios. Así que, adelante, doctora Thomas.
Ella pronunció un frío saludo y yo di media vuelta y abandoné el laboratorio.
Mientras caminaba a lo largo del pasillo me pregunté si no me había conducido groseramente con Claire Thomas.
—¡Al diablo con todos! —gruñí, para mí—. Entre mis obligaciones no se cuenta la de derrochar amabilidad con mi "*legión de desesperados*".

CAPÍTULO IV

El sol caía a plomo sobre aquella ladera azulada. Más abajo verdeaban las frondosas manchas arbóreas que flanqueaban el extenso lago.
El ambiente era muy húmedo en las proximidades del lago y ello, unido a la altísima temperatura, me obligaba a sudar continuamente.
Asqueado, me despojé del salacoff de resistente poliuretano y pasé un húmedo pañuelo por mi cuello.
Una sorda rabia latía en mi pecho. A unos cincuenta metros del lugar donde yo me encontraba, la doctora ingeniero Thomas daba instrucciones a los hombres que manejaban una pala mecánica montada sobre orugas en mitad de la ladera.
¿Por qué me sentía tan irritado? Sencillamente, la seguridad y efectividad de Claire Thomas me exasperaban.
En poco más de cincuenta horas, ella había montado su nuevo contador—detector de *xindrio*: una especie de rudimentaria cajita metálica llena de pequeños diales, registros y botones que más parecía el juguete montado por un niño perturbado que un aparato de enorme importancia estratégica y práctica.

—Podemos probarlo cuando usted quiera —me había dicho la noche anterior.
—¿Mañana? —pregunté, sarcástico.
—Muy bien —respondió ella, sin dar muestras de haber captado mi tonillo irónico y despectivo.
A la mañana siguiente partimos en un aparato «Mosca». Íbamos Dan Vitale, Jorge Campos y cinco técnicos en Mineralogía. Claire Thomas y yo.
Durante algo más de una hora, Claire permaneció atenta a su anacrónico aparatito sin que el artilugio diera la menor muestra de animación.
Yo la observaba aviesamente, con la seguridad de que el fracaso sería total. Pero cuando el «Mosca» sobrevoló los límites del lago y pasó sobre la ladera teñida de un tono azul-ceniciento, se oyó un pitido agudo y la aguja central del contador comenzó a agitarse locamente.
—Descienda, por favor —pidió Claire.
Obedecí. El «Mosca» se cernió sobre una estrecha plataforma y tomó tierra. Inmediatamente, la doctora Thomas salió y comenzó a recorrer la ladera con gran ansiedad.
Dejé a Campos en el vehículo para que vigilara la zona y los demás fuimos en pos de Claire Thomas, que acababa de detenerse en mitad de la ladera.
Cuando llegamos había marcado un círculo en tierra.
Nos miró y dijo: —Aquí.
—¿Aquí? ¿Qué quiere decir? —pregunté.
—Mi contador marca una considerable actividad radiactiva. Debe existir un filón enorme. Para comprobarlo, será preciso contar con una máquina extractora.
—¿Está segura? —insistí.
—Sí —respondió, impávida.
Entre Jorge Campos, tres de los técnicos y yo, hicimos descender un cañón electrónico de la aeronave. El cañón quedó montado en la plataforma rocosa y luego di instrucciones a mi primer copiloto para que volara al campamento e hicieran llegar a la ladera una pala mecánica y dos cisternas para aprovisionarnos de agua en el lago .
Como la distancia al campamento era corta —unos treinta y cuatro kilómetros—, los vehículos llegaron apenas cuarenta minutos después.
La pala mecánica empezó a trabajar inmediatamente, pero yo me desentendí del asunto y me dejé caer a la sombra de uno de los vehículos—cisterna.
Poco después, Dan Vitale llegó corriendo, jadeante.
Parecía muy agitado y su camisa estaba empapada en sudor.

—¿Qué pasa? —pregunté.
—¡*Xin... xindrio*! —balbuceó, cuando recuperó un poco de aliento—. ¡Toneladas y toneladas de *xindrio* nativo, en estado casi puro! ¡Dios mío, es un filón enorme, inagotable...! ¡La veta "tiene unos treinta metros de grosor y...! Pero ¿qué hace ahí, parado? ¿No va a venir a verlo? iLa doctora Thomas le está aguardando!
Me incorporé de mala gana y caminé bajo los candentes rayos del sol hasta la mina.
Allá abajo, en la profunda zanja abierta por la poderosa pala mecánica, el mineral azulado brillaba tenuamente. Era *xindrio*, no cabía duda, y la veta era tan rica como el intendente general me había anunciado.
Busqué los ojos de Claire y dije:
—Un éxito en toda la línea, doctora Thomas. Parece increíble.
—¿Por qué? —respondió sin conmoverse—. Yo estaba segura de la eficacia de mi detector. Sólo hacía falta el xindrio. Y está ahí.
Carraspeé, pues apenas podía disimular mi irritación. ¡Aquella mujer parecía siempre tan segura de sí misma...!
—Pero esto no es todo, usted lo sabe —argüí, con mala idea—. Aprovisionamos de *xindrio* sólo supone una minúscula parte de nuestra misión: lo trascendental es conseguir evaluar los yacimientos que de este mineral posee Xantroo.
—Todo se andará —respondió ella, inconmovible—. Me resultará fácil ampliar y perfeccionar detectores de mayor capacidad. Ya han visto la facilidad con que hemos podido detectar este riquísimo yacimiento. El resto del trabajo no presentará mayores dificultades.
Hice un comentario intrascendente y me alejé de allí. ¡Maldita mujer, imperturbable, criatura, capaz de resolverlo todo con un aire de suficiencia que resultaba insoportable...!
Dos horas después, todos se retiraron de la mina y se cobijaron en la frescura de la aeronave «Mosca», provista de aire acondicionado. El aire quemaba en el exterior, pues la temperatura ambiental a la sombra había ascendido hasta cerca de los setenta grados centígrados, lo que hacía imposible continuar los trabajos.
Almorzamos y descansamos cómodamente durante cuatro horas. Como era costumbre, no existía la menor intimidad entre nosotros, y así el que no dormitaba permanecía en silencio, abstraído en sus pensamientos.
Cuando la temperatura descendió a cuarenta y cinco grados, abandonamos la aeronave y se reanudaron los trabajos en la mina. El objetivo de la doctora Thomas era sanear la veta y dejarla en situación de comenzar la explotación cuando conviniera. Como era el primer filón detectado y localizado en las proximidades del campamento, decidimos que el poderoso Cosmeagle-I sería cargado con el mineral

procedente de la mina, cuando llegase el momento.
Al atardecer, la pala ronroneaba quedamente aún, profundizando la zanja.
Desde mi lugar de observación, muy próximo al cañón electrónico del que dependía nuestra seguridad, podía contemplar un panorama de incomparable y salvaje belleza.
Ante sí se extendían las ondulaciones azuladas de la ladera, cortada bruscamente por la verde selva, cuyas cepas se elevaban sesenta metros por encima del suelo. Más allá, el sol arrancaba cegadores destellos dorados de las aguas del lago y más allá aún un semicírculo de cresterías montañosas de color pardo limitaba el horizonte.
No pude evitar aquel razonamiento:
—Cualquier persona de ánimo sereno y limpia conciencia se sentiría feliz en un lugar como éste. Pero nosotros...
Para nosotros, los integrantes de la misión *New Energy* no había futuro. Abocados a la casi seguridad de perder la piel en Xantroo, atormentados por nuestras turbias ideas, ahogados por los recuerdos de un pasado sucio, violento, inconfesable, ¿qué esperanza podía haber?
Instalado cómodamente junto a las cisternas móviles, fumando un cigarrillo de cuando en cuando, refrescándome con una fría cerveza, no necesitaba mucho más para sentirme satisfecho.
En ocasiones, oteaba el horizonte a través de los prismáticos que colgaban de mi cuello.
Como Jock Ambler, en ocasiones percibía el movimiento de vagas masas de color parduzco a través de la distante vegetación. La visión de aquellos cuerpos enormes; apenas entrevistos en la lujuriante maleza, era verdaderamente inquietante. ¿Monstruos antediluvianos, criaturas ciclópeas de aspecto impresionante, seres extraños jamás vistos por el hombre?
Es cierto que a veces me sentía inquieto contemplando una forma cilíndrica de color verdoso que se deslizaba entre los altísimos helechos, pero en cualquier caso mi estado de ánimo no era el más a propósito para abandonarme a la inquietud de la aventura.
Todavía hacía mucho calor cuando le envié recado a la doctora Thomas para que interrumpiera los trabajos, puesto que aún habíamos de cargar de agua los dos vehículos cisterna antes de volver al campamento.
Rápidamente desmontamos el cañón. La mitad de los integrantes del grupo subieron al «Mosca» y los restantes se acomodaron en los vehículos terrestres.
Pilotando la aeronave, realicé una rápida descubierta hasta el lago. Ni Campos ni yo pudimos advertir el menor movimiento sospechoso en las orillas ni en los frondosos márgenes del lago, de modo que

volamos a baja altura hasta descubrir una trocha entre la vegetación lo suficientemente ancha como para permitir el paso de los vehículos de tierra.

Transmitida la orden de avance hacia el lago, mi «Mosca» evolucionó lentamente sobre ellos hasta que pocos minutos después, alcanzaban la orilla.

Descendimos. Al posarse sobre la arena, el «Mosca» elevó tolvaneras de blanca arena de espectacular belleza. Un momento después poníamos pie en tierra.

La admiración más intensa me embargó entonces. Nos encontrábamos en una playa de arena blanquísima, limpia. Fragmentos de cuarzo brillaban en el suelo húmedo como pequeños brillantes y un poco más allá las claras aguas del lago lamían mansamente la orilla.

A cincuenta metros —de distancia se elevaba la muralla verde de la selva. Vi los airosos troncos de unos árboles semejantes a cocoteros tropicales, cuyos enormes frutos rojos de treinta centímetros de diámetro se bamboleaban pesadamente en las alturas al impulso de una leve brisa.

—Un paraíso —murmuré—. El verdadero paraíso.

Los del grupo se aproximaron, ávidos, a la orilla. Vi que Claire Thomas se refrescaba los pies, mientras uno de los técnicos tomaba una muestra de agua para analizarla y comprobar su pureza.

Poco después, los hombres desenrollaron las mangueras metálicas y comenzaban a llenar las cisternas de treinta mil litros.

Jorge Campos se aproximó a mí, chorreantes los cabellos de agua.

—Un rincón maravilloso, ¿no es verdad, coronel...? —dijo.

Asentí con un gruñido, sin dejar de vigilar la orilla y presta la pistola electrónica por si se producía algún incidente.

—Quieren bañarse —dijo Jorge, de repente, señalando con un movimiento del mentón a los compañeros que nos contemplaban a treinta metros de distancia.

—No —denegué.

—Vamos, coronel —insistió mi primer copiloto—.

Esos hombres han trabajado duro hoy. El calor es insoportable y esto parece muy tranquilo. ¿Qué inconveniente puede haber en que tomen un baño? Si se trata de seguridad, usted y yo vigilaremos mientras ellos se refrescan. Luego lo haremos nosotros, si nos apetece. ¿Qué le parece? .

Estaba allí en pie, mirándome fijamente, aguardando mi respuesta.

Jorge tenía razón. Los hombres, incluso la doctora Thomas, todos habían trabajado rudamente a lo largo de la jornada. En principio, no había nada que desaconsejase aquel inocente desahogo.

—Está bien —resolví—. Que se bañen, si quieren. Yo estaré aquí.

Que no me pierdan de vista y salgan del agua al menor aviso.
—Magnífico, coronel. Iré a hablarles y volveré con usted para acompañarle en la guardia —respondió. Y se alejó.
Vi que se reunía con ellos y como, en seguida, se despojaron de sus ropas hasta quedar en slip y se precipitaban gozosamente en las limpias aguas del lago.
Había imaginado que Claire Thomas sería de los primeros en lanzarse al agua, pero me sentí defraudado al ver que ella se retiraba de la orilla tras empapar un paño en agua.
Veinte minutos después, los hombres habían terminado su baño sin la menor novedad. Yo les había visto gritar, reír, gesticular y, en una palabra, gozar como chiquillos. Era la primera vez que aquellos hombres expresaban un poco de alegría en más de ciento diez días de convivencia.
Dan Vitale vino hacia mí para relevarme en la vigilancia. Mientras él plantaba su guardia en la orilla, Jorge Campos se lanzó al agua y nadó lago adentro con vigorosa brazada.
De repente, la voz resonó a mi espalda.
—¿No se baña, coronel? ¿O es que teme ser devorado por un monstruo acuático?
Me volví de un brinco y me encaré con Claire Thomas que me contemplaba con un rictus burlón bajo la sombra de su sombrero de algodón.
—No creo que todos los animalitos que pululan bajo esas aguas sean inofensivos, doctora Thomas —respondí, y arrojé mi cigarrillo al suelo y lo pisoteé. De todas formas, la tentación del agua es demasiado fuerte como para resistirse. ¿Usted no viene?
—No, gracias. Ya me he refrescado.
Sin la menor cortesía, me volví de espaldas y comencé a desnudarme. ¿Me estaba mirando? En cualquier caso, yo notaba sus ojos posadas sobre mi cuerpo como si un fluido candente me envolviera y mi sangre recorrió impetuosa mis venas.
Semidesnudo, caminé despacio hacia la orilla, avancé por el agua y me zambullí.
La temperatura del agua era tan deliciosa que durante unos minutos nadé y buceé ajeno a todo.
Y entonces escuché el grito hiriente como un cuchillo.
Me volví en el agua impetuosamente y miré a mí alrededor. Nada. El cabrilleo dorado de la superficie acariciaba mi cuerpo mansamente.
En la orilla estaba Claire Thomas chillando y gesticulando desaforadamente. Parecía presa del pánico y señalaba el lugar situado a unos cincuenta metros de la orilla donde se erguía un peñasco puntiagudo de color grisáceo.
—¡Allí, allí! —oí que gritaba—. ¡El comandante Campos! ¡Se zambulló

hace más de cinco minutos y no ha vuelto a aparecer!
Dan Vitale estaba en la orilla con una expresión ansiosa y la pistola electrónica firmemente empuñada entre sus manos. El resto de los hombres me miraban rígidos, como petrificados.
Nadé a grandes brazadas en dirección a la roca que emergía de las aguas. En realidad, no me sentía asustado. Jorge Campos era un excelente deportista, y un buceador consumado. Se había sumergido, atraído por algún pez de exótica apariencia, sin duda, pero yo suponía que no había motivos para que cundiera la alarma.
Un momento después tocaba la aguja pétrea con mis manos. Aspiré profundamente oxígeno y me zambullí. El agua era tan clara allí que podía contemplar el airoso movimiento de las plantas acuáticas meciéndose a más de treinta metros de distancia.
El lago era profundo allí. Había descendido unos doce metros y no encontraba el fondo, a Campos no lo veía por ninguna parte.
Ya me disponía a emerger para bucear a cierta distancia, cuando advertí que la luz disminuía.
¡Una mancha oscura de considerables proporciones se extendía a cuatro metros por encima de mi cabeza...! ¿Una mancha de tinta de un pulpo o de un animal semejante?
Nadé con fuerza, taloneando hacia arriba para separarme de la anchurosa mancha, pero una masa gelatinosa se abatió en aquel momento sobre mí.
Inmediatamente experimenté una intensa sensación de repugnancia.
¡Dios santo...! ¿Qué diablos podía ser…?
En breves segundos, la masa gelatinosa cubrió todo mi cuerpo hasta dificultar mis movimientos.
Y entonces sentí la succión que provocaba un vivísimo dolor en toda mi piel. ¡Era como si centenares de sanguijuelas clavasen sus cuernecillos en mi carne y chupasen ávidamente mi sangre...!
Una gran debilidad me asaltó. Oleadas de dolor recorrían mi cuerpo desde la cabeza a los pies y cualquier movimiento para liberarme parecía absurdo, aunque yo no dejaba de agitarme desesperadamente.
Aquello... no era una mancha. Ni un vegetal. Era un animal. Un extraño y horrible animal, de consistencia cartilaginosa, pero tan resistente que aguantaba mis desesperadas tarascadas sin sufrir el menor desgarro.
Un vahído anuló momentáneamente mi capacidad de raciocinio. En aquel momento las aguas se agitaron y vislumbré el sol claro y fuerte, pero en seguida aquella masa volvió a cerrarse sobre mí.
En un instante tuve la certeza de que iba a morir. Irremisiblemente. Mis pulmones iban a estallar de un momento a otro, vacíos de oxígeno.

Cierto que no experimentaba dolor alguno ya, sino una dulce laxitud que me iba envolviendo más y más estrechamente.
«Bien, vamos allá», pensé, seguro de que en unos segundos mi corazón dejaría de latir.
Sin embargo, el horror llegó a mí, quise gritar y mis pulmones se llenaron de agua.

CAPÍTULO V

Era absurdo, incomprensible, estúpido.
Había vuelto al punto de partida: me encontraba en San Diego, descansando bajo el porche de nuestra lujosa casa de campo. Podía escuchar la voz de Jerry, que gritaba algo a nuestro vecino, Charles Berokian, y también las notas pujantes de una melodía de Bach. Janice, mi esposa, acababa de poner su música preferida, parecía evidente.
Todo era una burla, una burla cruel, inhumana. ¿Era eso la muerte? ¿Terminar y volver empezar, una y otra vez, en las mismas circunstancias, cometiendo los mismos errores, soportando los mismos suplicios...?
—Vamos allá —había dicho yo, cuando me sentí morir, allá en el lago del distante planeta Xantroo. Dos palabras que expresaban para mí la alegría de la liberación, pues en adelante no habría de soportar la intolerable comezón del remordimiento.
Pero no había liberación, todo era igual que antes.
La casa de San Diego, Charles Berokian con sus interminables discusiones sobre sus ídolos del béisbol, Janice, inmersa en sus fiestas sociales, mi pequeño Jerry, yo...
Naturalmente, yo tenía una botella de cerveza en una mano y un vaso con whisky en la otra. Como siempre.
Mi hijo, Jerry, de trece años, me pediría que le llevase a ver el partido de los «Dodgers» contra los «Californians» y yo respondería que estaba demasiado fatigado para aguantar un par de horas en medio de una multitud aullante.
En realidad, lo que a mí me hubiera gustado sería coger a Janice por un brazo, meterla en el coche y llevarla a cenar a cualquier distante motel situado en una carretera retirada. Pero ella se disculpaba invariablemente, invocando los numerosos compromisos sociales a que, por su apellido de soltera, estaba obligada a asistir.
Y así, la distancia entre nosotros y, por supuesto, la incomunicación y la amargura llegaban a alcanzar unos niveles verdaderamente insoportables.
Yo tenía tanta culpa como ella. Me había equivocado lamentablemente al casarme con la hija única de Howard McKilt, el rey

de la Electrónica, el hombre más rico de toda California. Pero, claro, nos habíamos enamorado apasionadamente y cuando estuvimos casados fue cuando comprendimos que componíamos una pareja muy desigual.
¿Qué podía hacer? No, contaba con mi mujer cuando regresaba de mis largas misiones espaciales; amargado, desatendía a Jerry tanto como Janice, y nuestro hijo sufría las consecuencias: lo tenía todo... menos el amor y la atención de sus padres.
Yo tenía un carácter excesivamente apasionado, violento. No podía aguantar indiferentemente que Janice se apartase cada vez más de mí para cumplir sus absurdos compromisos sociales, en los que, por cierto, ella brillaba como una estrella fulgurante. Pronto busqué consuelo en otras mujeres que se me ofrecían sin complicaciones y me olvidé absolutamente de mis obligaciones familiares.
De alguna remota forma imaginaba que Janice también me sería infiel, aunque jamás llegué a comprobarlo, ni tenía interés en ello.
Por fin una noche, Janice se quedó en casa. Sus ojos verdes relucían con tanta intensidad como sus rubios cabellos.
—No puedo permitir que sigas poniéndome en ridículo ante mis amistades, Paul —anunció secamente—. Es preciso encontrar un remedio a esta solución.
—¿El divorcio, quizá? —me burlé.
—No me agrada el divorcio. Y Jerry...
—Jamás te has ocupado de nuestro hijo. ¡Sólo de tus estúpidas relaciones sociales! —grité, exasperado.
—¿Estúpidas relaciones sociales? —estaba rígida sobre el diván—. Vamos, Paul, no es justo que desvirtúes las cosas. Soy doctor en Electrónica y trabajo como «relaciones públicas» en los negocios de mi padre. Gracias a mi trabajo podemos permitimos este tren de vida...
—Jamás te pedí dinero. Con el que yo gano podíamos desenvolvernos bien. Pero, claro, tú estabas acostumbrada a ser la «niña de papá», que te permitía todos los lujos y caprichos. Era excesivo pedirte que te limitara a vivir de mi sueldo, ¿verdad?
Janice se alzó, iracunda, de su asiento.
—No creo que un hombre de tu catadura moral sea el más indicado para criticarme —pronunció con dureza—. Jamás se me hubiera ocurrido decirte esto, pero como están las cosas, mejor es que sepas que Jerry jamás hubiera recibido la educación de la que disfruta sólo con tus ingresos, Paul.

Aquel comentario me encendía la sangre.
—¡Al diablo con tu dinero, al diablo con los lujosos colegios de Jerry, al diablo con todos los McKilt!; ¡Estoy cansado de todos vosotros! —

grité, fuera de mí.
Janice me miró desafiante.
—¿Qué piensas hacer? —exclamó, hinchado el busto a impulsos de la contenida respiración.
—Marcharme. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No soy hombre que se adapte a vivir en un hogar donde todo son remilgos y sofisticados lujos que... salen de tu bolsillo. Me iré. Esto es todo —respondí.
Entonces vi a Jerry. Estaba en pijama en lo alto de la escalera y nos contemplaba a los dos con expresión de intenso desconsuelo.
—¡Papá!
—¿Qué?
—¡Quédate, te lo suplico! —clamó.
Pero yo había bebido mucho aquella noche y me dejé llevar por lo peor de mis impulsos. De un portazo, tomé mi chaqueta y me dirigí hacia el vestíbulo.
—No volveré —gruñí—. Vosotros tenéis bastante con el dinero de los McKilt.
—¡Por favor, papá! —gimió mi hijo, suplicante. Pero yo abrí la puerta y salí.
Aún no había puesto el coche en marcha cuando escuché la potente detonación. ¡Había sonado en el interior de mi casa...!
La angustia apretó mi garganta hasta asfixiarme. Al fin, tambaleante, volví sobre mis pasos y entré en la casa.
Janice no estaba en el salón. Entonces me dirigí a la escalera y subí de cuatro en cuatro los peldaños.
No quería preguntarme sobre lo que acababa de ocurrir, no quería aceptar lo que la razón comenzaba a insinuarme...
Jadeaba apoyado sobre la baranda del pasillo superior cuando escuché los sollozos de Janice.
Desesperadamente, corrí adelante guiándome por sus gritos y empujé la puerta del dormitorio de Jerry.
El tiempo pareció detenerse entonces. Despacio, con un esfuerzo terrible, alcé los ojos y vi a Janice de bruces sobre el lecho.
Sus manos acariciaban la rubia cabeza de mi hijo, cuyos cabellos estaban manchados de sangre. .
Janice enloquecida, palpaba la enorme pistola de reglamento que parecía abrasar sus dedos. —¿Qué... ? —murmuró, seca la garganta.
Ella se volvió hacia mí como una víbora.
Con ambas manos sostuvo la pistola y me encañonó.
Sus ojos tenían un brillo de locura y sus dientes rechinaron.
Por un momento, creí firmemente que Janice iba a disparar a matar.
Luego, pesadamente, dejó caer el arma y gimió:
—Tu hijo acaba de suicidarse con tu propia pistola —un sollozo hondo quebró su voz. Pero en seguida alzó el mentón y me miró con odio—.

Tú has tenido la culpa, la mayor parte de la culpa. Siempre te negaste a tu hijo y él... te adoraba. Ha comprendido que el suyo no era un hogar... Ha descubierto por sí mismo que no podía contar con su padre... y probablemente tampoco con su madre. Ha hecho lo único que estaba a su alcance para solucionar su desesperada situación: matarse.
Algo muy íntimo se rompió dentro de mí entonces.
Loco de angustia y de dolor corrí hacia el lecho. Incrédulo aún a pesar de la sangre que veía con mis propios ojos, todavía albergaba la esperanza de que aquello no fuera sino una pesadilla.
Pero Janice me detuvo con un ademán frío.
—¡No! Ahora no quiero verte llorar, Paul. No podría contemplar tu miseria y tu desesperación. Pudiste evitarlo, pero no hiciste otra cosa que arrojarte al cieno, ¡Vete ahora! Yo velaré a Jerry, yo lo cobijaré entre mis brazos, En cuanto a ti, márchate y no vuelvas jamás —exclamó.
Lentamente retrocedí.
Estruendosos sollozos pugnaban por brotar de mi garganta, pero los acallé y los dominé rudamente.
—Tú lo has dicho: no volveré jamás —dije.
Retrocedí y salí de la casa.
Aquella noche me emborraché hasta embrutecerme, y la otra, y la otra... Hasta convertirme en un remedo de hombre.
Al cabo, dejé de beber, decidido a afrontar la agonía del remordimiento. La idea del suicidio era tentadora: ya no tenía a Jerry y había perdido para siempre a mi espesa. Por lo demás era absolutamente consciente de que me había convertido en el hombre más miserable sobre la Tierra.
No tuve tiempo de poner en práctica mi idea: la *Worldspace Agency* me envió a la Base Experimental Marte, donde permanecí durante todo un año.
No volví a ver a Janice. Sin embargo, cuando pasó el tiempo comprobé, admirado, que yo seguía amando a aquella mujer como el primer día. ¿Por qué? Si yo era un ser indigno, ella tampoco merecía que un hombre la amase apasionadamente...
Naturalmente, resulta imposible luchar contra los sentimientos. De todas formas, yo me empeñé en olvidar a Janice, en borrarla totalmente de mi mente y mi corazón. Para ello, lo mejor era solicitar las misiones más arriesgadas en los lugares más lejanos...
Pero ¿por qué ahora volvía a encontrarme en el pasado?
Súbitamente alguien tocó mi brazo y abrí los ojos... ¡Todo había sido un sueño, una pesadilla! Junto a mí se encontraban el doctor Bering y el intendente Vitale. La habitación en que me encontraba era una cabina de la enfermería del Cosmeagle-I.

Fui a incorporarme, pero el vivísimo ramalazo de dolor que recorrió todo mi cuerpo me obligó a dejarme caer sobre el lecho.
Entonces advertí que me habían vendado por completo.
—No se mueva, coronel —advirtió Bering—. Si lo hace, sus heridas volverán a sangrar.
—¿Mis heridas? —clamé, estupefacto.
—Ha estado muy cerca de la muerte —dijo el médico—. El raro animal que le atacó en el lago le arrancó más de un tercio de su piel. Durante tres semanas hemos luchado implacablemente contra la infección y al fin hemos ganado la partida. Pero para salvarle he debido realizarle multitud de pequeños injertos de su propia piel. Debo advertirle, coronel: ha salvado la vida, pero aún no estoy seguro de que en el futuro no se convierta en un… inválido.
—¡Inválido!
—Sé que le será duro admitirlo, pero es posible que los numerosos injertos le produzcan una cierta parálisis de las extremidades inferiores. De todas formas, aún es pronto para saber a, qué atenernos.
—Inválido... —repetí entre dientes. Y me desesperé, comprendiendo que hubiera sido mejor que verse convertido en un tullido cuando aún se es joven.
Era injusto. ¿Por qué me habían salvado cuando yo estaba ya dispuesto a emprender el camino hacia el Más Allá...?
Una ironía del destino, sin duda. Me salvaban la vida para... dejarme inválido, convertido en un ser miserable que dependería de los demás, de allí en adelante.
Mi rostro debió reflejar toda la desesperación que agitaba mi ser, porque Bering preparó urgentemente una inyección, pinchó en mi brazo y en seguida me adormecí.
No volví a la consciencia hasta dos semanas después.
En cuanto abrí los ojos, recordé súbitamente la dolorosa verdad: la posibilidad de quedarme inválido para el resto de mis días.
¿Y por qué había de soportado? Era más fácil terminar de una vez, la definitiva.
Estaba solo en la cabina de la enfermería. Posiblemente, el doctor Bering tendría en algún lugar un tubo de barbitúricos, de sedantes, quizá algún tóxico lo suficientemente fuerte como para enviarme al otro mundo sin mayores trámites.
De un brusco empellón me alcé. Y entonces comprobé, estupefacto, que podía mover perfectamente las piernas. Y no sólo las piernas, sino también las manos, la cabeza, el cuerpo en su totalidad.
¿Cómo se habría obrado el milagro?
Lleno de curiosidad, contemplé los costurones de mis piernas, del pecho, de los brazos...

Allan Bering era un médico muy experto. ¿Podía haberse equivocado en sus predicciones?
Lentamente me puse en pie. Con precaución, avancé una pierna y di unos cuantos pasos.
Notaba un cierto tirón al moverme, pero aquella sensación era más extraña que dolorosa y comprobé que podía desplazarme sin dificultad, aunque la larga estancia en el lecho me había debilitado mucho y pronto tuve que volver a echarme sobre la cama.
El timbre estaba al alcance de mi mano y lo pulsé.
La enfermera Hasmann apareció en la puerta un momento después.
—Llame al doctor Bering, quiero hablar con él —pedí. El médico llegó en seguida, acompañado del intendente general, Vitale.
—Tiene un excelente aspecto, coronel —comentó Bering.
—No es mi aspecto lo que me interesa ahora —le corté con brusquedad—. Quiero saber por qué ahora puedo moverme fácilmente. Y también cuanto ocurrió en el lago.
Vitale desvió la mirada, Bering se aproximó al lecho.
—Hemos tenido suerte, coronel. Una persona se ofreció voluntariamente para donarle parte de su piel. Llevé a cabo unas pruebas, con resultado satisfactorio, y procedía a los nuevos injertos. Y ahora tengo la prueba de que estos injertos han resultado positivos.
Me incorporé en el lecho impetuosamente.
—¿Injerto de piel de una persona a otra? —exclamé—. ¡Jamás lo hubiera imaginado...!
—Es posible realizarlo, siempre que se den ciertas circunstancias concordantes entre donante y receptor. Y tales condiciones las hallé entre usted y la persona que le regalo parte de su piel, coronel —explicó Bering.
—¿Quién es esa persona? —quise saber. Bering carraspeó, violento.
—Lo siento, no puedo decírselo —respondió—. El donante exigió que su nombre quedase en secreto y yo debo cumplir su voluntad.
Muy confuso, traté de imaginar quién sería el individuo que, con su generosidad, había impedido que yo quedase inválido de por vida.
¿Existía alguien entre los integrantes de la misión *New Energy* que se sintiese obligado para conmigo hasta tal límite? Tristemente, hube de responderme a mí mismo que no. Yo no me había sacrificado por ninguno de mis compañeros, no había hecho a nadie ningún favor personal. Es más, mi trato para con ellos había sido siempre rígido, distanciante, odioso en ocasiones.
De todas formas, existía una persona de corazón generoso que no había dudado en arrastrar ciertos riesgos por impedir mi invalidez.
—¿Qué... qué ocurrió en el lago? —inquirí al cabo de unos instantes.
Bering se volvió hacia Dan Vitale.
—Yo... fui incapaz de reaccionar, coronel —confesó, vacilante—. No

pude superar el pánico que me asaltó al verle debatirse en medio de aquella masa negruzca. Fue...
—¿Quién fue?
—La doctora Thomas. Se desnudó en un santiamén, me arrebató la pistola y nadó veloz hacia el lugar en que usted se hallaba. Vi el fogonazo anaranjado de su disparo y... luego, Claire le arrastró hasta la orilla. Yo... estuve a punto de desmayarme al verle a usted. Su aspecto...
—¿Y Jorge Campos? —pregunté.
—No le encontramos. Llamamos urgentemente al campamento y pedimos que viniera un vehículo anfibio y un par de pilotos. Mientras usted era trasladado al Cosmeagle-I, llegaron refuerzos... La búsqueda del primer copiloto se dilató hasta la noche. Tuvimos que emplear hombres rana.
—Fue horrible. El cuerpo que trajeron hasta la playa... carecía de piel. Tampoco había una sola gota de sangre en él. Jorge Campos estaba muerto —confesó Vitale.
—Suponemos que el... ser que le atacó a usted, mató antes al primer copiloto, coronel —añadió el doctor Bering.

CAPÍTULO VI

De madrugada, Bob Kimpling vino a despertarme a mi cabina.
—DeMare y Flocco se han peleado en la sala de recreos. Desde hace unos días, parecían locos por esa muchachita de color, Dily Jackson. Ahora, DeMare está muerto: Flocco le ha vaciado el vientre de un tremendo navajazo —me informó.
Me puse en pie de un salto.
—¿Por qué, por qué? —grité, exasperado—. ¿Es que todos se han vuelto locos...?
—Eso parece —respondió Kimpling, cachazudo.
—¿Dónde está Flocco?
—En un calabozo de seguridad. Si quiere conocer mi opinión, creo que ese muchacho está loco. Tumbó a tres de mis hombres, a uno de los cuales le desgarró el cuello de un mordisco. Cuando logramos ponerle la camisa de tuerza, arrojaba espumarajos amarillentos por la boca. Decididamente, Flocco no está en sus cabales.
—Acompáñame, Bob. Quiero interrogarle —indiqué. Mientras caminaba hacia el ascensor que nos dejaría en la segunda planta —donde se hallaban los calabozos—las palabras de Kimpling retumbaban en mi cerebro—, "*Flocco ha vaciado el vientre de DeMare de un tremendo navajazo*".
Sí, decididamente todos debíamos estar locos. Durante las últimas dos semanas, se habían producido docenas de reyertas y otros

incidentes salvajes. Tres de mis hombres se habían despeñado por un precipicio con un vehículo a orugas... Sospeché en principio que estuvieran borrachos, pero cuando logramos rescatar sus cadáveres de una sima pavorosa, Bering practicó las autopsias y su resultado me dejó perplejo y preocupado: aquellos hombres no habían ingerido alcohol ni ninguna otra droga excitante.
Los nervios estaban rotos, por alguna extraña razón.
Sin motivo aparente, surgía de repente el chispazo de una disputa que, irremediablemente, terminaba en golpes, en conmoción y en sangre.
Yo también me sentí tenso, furioso. Bastaba la más pequeña contrariedad para que mi malhumor estallase en reproches violentos, en frases rudas, mal sonantes.
En principio, había achacado mi estado de ánimo a mi decepción al comprobar que durante mi estancia en la enfermería los trabajos de detección de metal radiactivo habían permanecido prácticamente paralizados.
A propósito de esto, había tenido un duro enfrentamiento con Claire Thomas, a la que precipitadamente acusé de ineptitud.
—Usted posee autoridad e iniciativa suficiente —bramé, dándole la espalda—. Que yo me encontrase fuera de servicio, en nada disculpa su negligencia, doctora Thomas. Por su causa, hemos perdido un tiempo precioso. ¿Por qué no siguió dirigiendo los trabajos de prospección de *xindrio*?
—Me sentía indispuesta —respondió—. Tuve que permanecer casi veinte días en cama.
—¡Magnífico! —exclamé, iracundo—. ¡Usted se permite permanecer veinte días en cama cuando el éxito de nuestra misión depende casi exclusivamente de su trabajo...!
La acerba ironía que se desprendía de mis palabras no halló eco en Claire Thomas, que permaneció silenciosa durante los minutos siguientes, mientras yo seguía despotricando, dominado por la cólera.
Cuando abandoné el laboratorio, me detuve bruscamente... ¿Era un sollozo lo que acababa de escuchar?
Volví sobre mis pasos, silencioso, y aproximé mi oído a la puerta. En efecto, Claire Thomas estaba llorando.
Tal actividad me parecía poco menos que increíble en una mujer de su temple, pero ahí estaban los hechos.
Era evidente que mis exabruptos la habían herido. Y entonces recordé que ella había expuesto su vida para salvar la mía y sacarme de las aguas del lago y del abrazo mortal del monstruo acuático que me había atacado.
¿Qué podía pensar de mí mismo? No había en el mundo un tipo tan despreciable como yo... Ni siquiera me había ocupado en comprobar

si, efectivamente, Claire Thomas había estado enferma antes de criticarla con exagerada dureza.
Lo justo, lo honrado, hubiera sido entrar en el laboratorio y presentarle mis disculpas. Pero no: el coronel Paul L. Wolfman era un hombre incapaz de confesar sus errores.
Kimpling me aguardaba junto al ascensor. Sinceramente, yo admiraba a aquel hombrón, el único que conservaba, impertérrito, la calma, incluso en las más adversas condiciones.
Descendimos a la planta segunda. Uno de los vigilantes del grupo de seguridad montaba guardia en el pasillo de los calabozos.
—Abra —ordenó Kimpling. Y el hombre obedeció tras una leve vacilación.
—Tengan cuidado —nos recomendó—. Flocco ha estado golpeándose contra las paredes y se muestra muy excitado.
Di un paso adelante, buscando con la vista al prisionero. Ya me volvía, sorprendido, al no divisarle, cuando saltó bruscamente a mi espalda.
Oí su gruñido sordo, más propio de una fiera que de un ser humano. E inmediatamente sus dientes hicieron presa en mi espalda.
Apenas puede reprimir un gemido de dolor. Aunque la camisa de fuerza dificultaba sus movimientos, Flocco había conseguido derribarme y sus dientes seguían haciendo presa en mis carnes.
Kimpling se vio obligado a golpearle rudamente en la nuca para que el pobre loco soltase su presa. Cuando me puse en pie, sentí correr por mi espalda la sangre caliente que comenzaba a empapar mis ropas.
—Green, llama al doctor Bering —oí que ordenaba Kimpling al vigilante.
Dirigí una ojeada alrededor de la celda y quedé consternado: las acolchadas paredes, el suelo, todo aparecía manchado profusamente de sangre.
Klmpling y yo nos inclinamos para examinar al desvanecido Flocco y descubrimos la horrible verdad: aquel loco había destrozado a mordiscos sus propios brazos después de romper a dentelladas las mangas de la camisa de tuerza.
Era una visión horrenda. Flocco sangraba abundantemente por las heridas que él mismo se había infligido; sus cabellos v sus fauces estaban manchados también de cuajarones sanguinolentos.
—No lo entiendo —murmuré, fuertemente impresionado—. Si he conocido a un hombre sereno y ecuánime, ése era precisamente Ennio Flocco. ¿Qué ha podido ocurrir para que se alterasen de este modo sus facultades mentales?
—Es Oeé —dijo Bob Kimpling.
—¿Oeé?
—Sí, el sol de Xantroo —declaró—. ¿No lo ha observado? Desde hace más de quince días, ostenta un curioso cerco rojizo a su

alrededor...
—¿Y qué... ?
—Pues que yo pienso que Oeé está sufriendo alguna convulsión interna y sus rayos transportan partículas magnéticas perniciosas —Kimpling me miró un tanto embarazado—. Bueno, yo soy experto en seguridad y poco sé de meteorología, pero Artemisa Brown está de acuerdo en que las perturbaciones procedentes de Oeé influyen en la conducta de todos nosotros.
Las palabras de Kimpling me obligaron a reflexionar.
Desde luego, el tiempo había cambiado ostensiblemente desde un par de semanas atrás. A la atmósfera limpia y serena, habían sucedido tormentas eléctricas de enorme violencia que rara vez se resolvían en lluvia, sino en pavorosas descargas eléctricas capaces de fundir masas considerables de rocas. Yo mismo había sido testigo de una de aquellas tormentas y quedé íntimamente impresionado ante un espectáculo tan sobrecogedor que poco tenía de común con las habituales tempestades de la Tierra.
Por otra parte, las deducciones de Bob Kimpling no eran tan despreciables como yo pensé en principio. En la Tierra también se dan fenómenos meteorológicos que influyen notablemente sobre la conducta de las personas: el siroco, por ejemplo, irrita los nervios, solivianta a las gentes y provoca terribles jaquecas.
Estaba entregado a estos raciocinios cuando llegó Allan Bering. Tras una rápida ojeada a la celda, se inclinó sobre el cuerpo inmóvil de Ennio Flocco, palpó su pulso, aplicó un tanto nervioso el fonendoscopio a su pecho y se volvió hacia nosotros, pálido.
—Está muerto. Se ha desangrado —dijo.
Durante unos minutos permanecimos en silencio, contemplando como hipnotizados el cuerpo ensangrentado de Flocco.
Me sentía triste, amargado y deprimido. Bajo esta impresión, me incliné, di la vuelta al cadáver y comencé a desatar las correas que ajustaban las mangas de la camisa de fuerza a la espalda.
«Al menos, tú ya has hallado la libertad», pensé.

CAPÍTULO VII

Oeé estaba oculto tras unos celajes rojizos que parecían incendiar el firmamento.
Las largas formaciones de color rojo no eran nubes, sino aglomeraciones estáticas de alto poder magnético.
Los aparatos electrónicos se negaban tercamente a funcionar y cuando lo hacían era de forma alocada e incongruente: era imposible dar crédito a las mediciones en tajes circunstancias.
Una neblina roja flotaba a escasa altura, difuminando el aspecto de los accidentes geográficos de forma fantástica. A veces, en la lejanía

aparecían fogonazos de vivísima intensidad que expandían oleadas insoportables de calor agobiante. Al atardecer, si se miraba hacia el Oeste, era fácil contemplar unos extraños fenómenos luminosos semejantes a gigantescas sierpes, que se ondulaban en el horizonte hasta desaparecer.
Eran numerosos los casos de perturbaciones mentales entre los integrantes de la misión *New Energy*; las salas de la enfermería estaban llenas a rebosar de pacientes y el doctor Bering se veía en dificultades para atenderlos a todos, aunque había nombrado a una docena de mujeres como enfermeras interinas.
Eso no era lo peor, por desgracia. La influencia maléfica de las perturbaciones magnéticas provinentes de Oeé habían despertado entre mis compañeros un peligro mil veces mayor: la ansiedad por poner fin a sus vidas.
El suicidio, ése era el insoslayable problema con el que nos enfrentábamos ahora.
Tom Bradley, el ingeniero de telecomunicaciones se había quitado la vida al penetrar voluntariamente en el transformador eléctrico: su cuerpo era poco más que una masa seca y carbonizada cuando le hallamos allí, tras detectarse el fallo de los alimentadores eléctricos.
Jim Prestan, Audrey Gibson, Feller, Cardigan, Peters, Browning, Gredllward, Tompson... ocho de los mejores técnicos se habían suicidado igualmente en plena crisis neurótica. Los procedimiento, utilizados para quitarse la vida eran de lo mas diversos, desde el elemental de cortarse las venas en un baño tibio, hasta una especie de repugnante hara-kiri.
La abominación se había abatido sobre aquella «legión de desesperados». Yo mismo me sentía atraído numerosas veces por la tentadora posibilidad de escapar drásticamente a aquel horror que nos cercaba.
Sin embargo, todavía latía en mí una remota sombra de esperanza. Era... como si aguardara algo, un milagro, que en el último momento pudiera redimirme y convertirme en un hombre nuevo.
De todas formas, la dramática situación en que estábamos inmersos me producía suficientes quebraderos de cabeza como para no pensar demasiado en mis propias miserias. En el campamento había un estado de alerta constante, pues las emergencias podían producirse a cualquier hora, en el momento más inopinado.
En mitad de la noche, un alarido espantoso me obligaba a saltar sobre el lecho y a salir corriendo hacia el lugar dende los hombres de Bob Kimpling luchaban a brazo partido para reducir al individuo que acababa de sufrir un ataque de locura.
Sin embargo, pude registrar un hecho curioso: las mujeres demostraban ser más resistentes a las alteraciones psíquicas. Por

cada hembra que caía en el paroxismo de la locura podían contar diez hombres en las mismas circunstancias.
Por supuesto, los trabajos se habían suspendido por plazo indefinido, hasta que las circunstancias permitieran proseguir las prospecciones.
En tanto Claire Thomas no permanecía mano sobre mano, ciertamente. No pudiendo dedicarse a su trabajo principal, ella se había enfrentado con decidida voluntad a ayudar en todo lo posible. Dan Vitale había descargado en ella una considerable parte de su responsabilidad como intendente en los trabajos de mantenimiento. Pero Claire parecía incansable: en cuanto tenía un rato libre, volaba a la enfermería y ayudaba al doctor Bering en momentos que, lógicamente, hubiera debido dedicar al propio descanso.
Sentía una admiración sin límites hacia aquella mujer, aunque al principio me costase aceptar el cambio de criterio que se había producido en mis sentimientos.
Claire era, por otra parte, una mujer sumamente enigmática, casi impenetrable. Adivinaba que en su interior latía alguna oculta pasión de proporciones inconmensurables, algún hondo pesar que la agobiaba... Pero esto era algo común a todos cuantos integrábamos la «legión de desesperados».
Instintivamente, yo comencé a intentar un cierto acercamiento a aquella admirable mujer, pero pronto pude establecer que ella me rehuía sin disimulas. Era lógico, puesto que yo la había ofendido injustamente tiempo atrás.
Transcurrieron lentamente los días. Yo había redactado un completo informe dirigido a la *Worldspace Agency* sobre las incidencias que estaban produciéndose en Xantroo, con la esperanza de que los expertos de la agencia pudieran aconsejamos y atajar de alguna forma el camino sin retorno que el equipo había emprendido.
Pero la respuesta, días después, no pudo ser más desconsoladora: en la Tierra se ignoraban demasiadas cosas sobre los misterios de Xantroo como para que los expertos de la *Worldspace* pudieran ayudamos efectivamente. Todo se reducía a recomendaciones generales de carácter médico que Bering había observado por sí mismo desde el principio.
Entretanto, raro era el día en que no se producían nuevos suicidios. El oscuro y tenebroso mal que aquejaba a los integrantes de la misión no cedía ante ningún tipo de tratamiento psiquiátrico.
Faltaban apenas diez días para cumplirse el plazo calculado en principio para el logro de nuestra misión... y la mayor parte del trabajo estaba por hacer.
Mi desesperación iba en aumento día a día. Cierto que apenas descansaba cuatro horas diarias, y que cuando llegaba a mi cabina caía como un plomo sobre el lecho y dormía pesadamente, hasta que

Bob Kimpling me despertaba con el anuncio de un nuevo hecho luctuoso.
Buscaba obsesivamente a Claire Thomas a través de las largas dependencias del Cosmeagle-I, pero ella se alejaba como una sombra alada, rehuyendo constantemente mi acercamiento.
¿Por qué buscaba ansiosamente a aquella mujer? Reflexivamente me pregunté si me habría enamorado inconscientemente de ella, pero la respuesta fue negativa... ¿Cómo podría enamorarse un hombre como yo, que había puesto todo su malsano interés en desterrar sus mejores sentimientos...?
No, yo no estaba enamorado de Claire Thomas. Sencillamente, necesitaba su consuelo, su compañía, su comprensión, porque su espíritu era más fuerte que el mío.
A veces la encontraba en la enfermería, ayudando afanosamente el doctor Bering. Pero yo era incapaz de permanecer en aquel lugar mucho tiempo. Los gritos de los enfermos me aterrorizaban y en seguida escapaba de allí como alma que lleva el diablo.
Quizá yo temía que la locura de aquellos hombres y mujeres pudiera contagiárseme. Nada más ridículo, desde luego, pero hay que tener en cuenta que también mi equilibrio emocional había llegado a alterarse tras incontables jornadas de tensión y angustia.
Pero la situación se agravó. Llegó un momento en que apenas pudimos contar con dos docenas de personas para atender los servicios: los restantes estaban hospitalizados.
Bering me planteó el asunto directamente:
—Es preciso que nos eche una mano, coronel. En estas circunstancias, cualquier ayuda es imprescindible —dijo.
—¿Yo? Imposible. Es algo superior a mis fuerzas.
Empiezo a temblar cuando uno de esos locos comienza a agitarse, cuando veo sus facciones monstruosamente alteradas por la insania —respondí, inquieto.
—Esos locos son sus camaradas, coronel. Y usted se debe a ellos antes que a sí mismo. No me gustaría recordarle Que dediqué cuarenta días de mi vida a cuidar de usted sin descanso arguyó con el ceño fruncido.
Si pretendía que yo acusase el golpe, debió sentirse satisfecho.
—Está bien —gruñí, soberbio—. ¿Qué quiere que haga?
—Lo que estamos haciendo todos los demás: proporcionar ayuda y consuelo a nuestros camaradas enfermos —dijo.
¡Ayuda y consuelo! Era yo quién necesitaba ayuda y consuelo. ¿Cómo podría ofrecer todo eso a los demás...?
—Venga conmigo a la enfermería —pidió Bering.
Le seguía de mala gana, temiendo que mis últimas defensas se desmoronasen en cuanto me hallase en presencia de los perturbados.

Desde el pasillo podrían oírse los lúgubres aullidos de los dementes. A poca distancia de allí, más de ciento cincuenta personas se agitaban epilépticamente en sus lechos, se contorsionaban, gemían, gritaban obscenidades, bullían constantemente en una algarabía alucinante.
Bering se detuvo ante una puerta. Curiosamente, de aquella habitación no provenía el menor rumor. ¿Estaba vacía...?
Bering me sacó de mi error.
—Aquí tenemos al ingeniero Bill Summers. Es uno de los más pacíficos, rara vez grita y apenas da trabajo. Pero es preciso velarle para administrarle cada quince minutos una dosis de tranquilizante.
Empujó la puerta y entramos.
Sobre el lecho metálico, yacía el ingeniero Summers.
Pulseras de cuero sujetaban sus manos y sus tobillos. Una banda aún más ancha aseguraba su torso. Permanecía absolutamente inmóvil, pero sus ojos estaban abiertos y miraban fijamente el techo, sin parpadear.
Bering me mostró el pequeño frasco que había sobre la mesilla.
—Tiene un cuenta-gotas. Ponga en sus labios cinco gotas cada quince minutos. No lo olvide, es importante —me recomendó el médico, e hizo lo que decía.
—Está bien, ¿eso es todo?
—Por el momento. Enviaré a alguien a relevarle dentro de cinco horas —añadió Bering. Y se marchó.
¡Cinco horas en la compañía de un loco...! Por suerte, William Summers era una de las pocas personas a las que yo dedicaba una porción infinitesimal de afecto y respeto. Y ello se debla a que Bill era el hombre más educado, sereno y correcto que yo hubiera conocido jamás.
Me sentía muy violento, sentado junto al lecho en una silla y especulando sobre la posibilidad de dirigir la palabra a Bill.
Mi incertidumbre se resolvió enseguida. Summers, giró la cara hacia mí y pronunció claramente:
—Ya llegó el cerdo.
Me incorporé de un respingo. Ya iba a exclamar algo como «Bill, ¿se ha vuelto usted loco?», cuando recordé que precisamente aquel hombre se hallaba allí porque había perdido la razón.
Así que lo que pretendía el doctor Bering era que soportase los insultos de un loco... Por un momento estuve a punto de escapar de allí furiosamente, pero volví a sentarme y miré a Summers.
—Soy yo, Bill, el coronel Wolfman. Le cuidaré, me ocuparé de usted. Descanse.
— Ah, sí la remilgada señorita, fue su sorprendente respuesta.
Trague saliva. Era preciso tener paciencia, al fin y al cabo, Summers no sabía lo que decía.

—Soy Wolfman, Bill. Paul Wolfman —insistí suavemente.
—¿Wolfman, Wolfman? —gruñó el demente—. No le conozco. Oiga, ¿por qué no se marcha? Estoy esperando una visita... Una visita femenina, si quiere entenderme. Vamos a ir de «pic-nic».
—Ya veo — murmuré con la garganta seca—. Es saludable pasar un día en el campo, ¿verdad?
Miré con una pizca de compasión el enflaquecido rostro de Summers, en medio del cual sus hundidos ojos brillaban como carbunclos.
Bruscamente, giró la cabeza en sentido contrario y así permaneció durante algún tiempo, Consulté mi reloj: apenas habían transcurrido cinco minutos desde que Bering se marchase ¡Y pensar que habría de soportar cinco horas en compañía del infeliz perturbado!
Tan súbitamente como se había vuelto, Bill giró la cabeza y me miró fijamente.
—Es usted un cerdo, coronel Wolfman —dijo.
—Vamos, vamos, Bill —respondí con una torcida sonrisa de circunstancias—. Usted sabe que siempre le aprecié...
—Usted jamás apreció a nadie —declaró Summers, clarividentemente —. Ni siquiera sintió aprecio por sí mismo.
—Bill...
—¡Cállese, coronel Wolfman! —exclamó Summers sin elevar la voz, pero con increíble energía—. Usted está muerto; mejor dicho, es un muerto en vida. Una persona incapaz de engendrar el menor afecto.
—¿Estaba loco o perfectamente cuerdo? De cualquier forma Bill —que ahora parecía reconocerme—, acababa de decir la verdad.
—Usted destruyó su hogar, mató su hijo, llevó la abominación a su familia —seguía diciendo Summers y yo le escuchaba supersticiosamente silencioso y atento—. Pero se llevará su merecido, se lo advierto. Porque ella está aquí en Xantroo.
Sufrí una sacudida nerviosa que me dejó dolido
—¿Ella? — murmuré confuso.
—Su esposa, coronel. Ella ha venido a matarle —pronunció claramente Bill Summers. ¡Janice...!
Traté de sonreír. Por un momento me había sentido subyugado por las declaraciones de un loco. Naturalmente era imposible que Janice se encontrase en Xantroo; yo conocía bien a todas las personas que integraban la tripulación del Cosmeagle-I.
Sin embargo... Había algo inquietante en las palabras del demente. ¿Cómo conocía él mi pasado? Lo había dicho claramente: «*Usted destruyó su hogar, mató a su hijo, llevó la abominación a su familia*...» Aquéllos eran hechos concretos, reales, que sólo Janice y yo mismo conocíamos. ¿Era posible que Summers estuviera al tanto de mis más recónditos secretos?
Con gran ansiedad, me incliné sobre el enfermo y apoyé una mano en

su hombro.
—¡Por amor de Dios, Bill! ¡Tiene que decirme por qué sabe todas esas cosas relacionadas con mi pasado! —supliqué.
Summers dejó escapar una carcajada demencial.
—¡Por amor de Dios! —gangueó, remedando mi voz—, Usted no tiene derecho a invocar a Dios, coronel, porque usted no cree en nada, ni siquiera en Dios.
—Está bien, Bill, pero necesito saber... —insistí.
Súbitamente clavó sus dientes en mi mano profundamente, hasta que la sangre brotó abundante y manchó la almohada.
De un tirón violento logré liberar mi mano de entre sus dientes y me esforcé en contener la hemorragia con un pañuelo.
Entretanto, Bill se agitaba en un ataque de hilaridad sin freno que hacía vibrar todo el lecho a impulso de sus locas carcajadas.
Por un momento, estuve a punto de golpearle hasta cansarme. Pero mi puño cayó lentamente y los dedos se separaron.
—¡Pobre Bill! —murmuré, acongojado, mientras él continuaba riendo sin cesar con el rostro transido en un impresionante rictus de enajenación.
De repente, calló y se quedó absolutamente inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos.
Pensé que había muerto, pero su pulso latía a gran velocidad. Entonces recordé las recomendaciones del doctor Bering y consulté el reloj: faltaban unos segundos para cumplirse los quince minutos marcados por el médico, de modo que destapé el frasco y vertí cinco gotas del específico en los entreabiertos labios de Bill Summers. Luego volví a sentarme, me crucé de brazos y vigilé al enfermo con toda atención.
Lentamente transcurrieron las horas. De cuando en cuando, un alarido infrahumano provinente de alguna habitación próxima me obligaba a estremecerme en un respingo. Incluso así, aguanté en mi puesto hasta que una enfermera vino a relevarme.

CAPÍTULO VIII

Bering me vigilaba de reojo.
—Está bien coronel, déjelo ya —dijo—. Váyase a descansar.
Retiré el paño húmedo de la ardiente frente de Chris Thorpe.
——No estoy cansado, doctor —respondí—. Este no es un trabajo fatigoso. Puedo resistir aún unas horas.
—Vamos, vamos, lleva diez días trabajando sin descanso. Usted no lo ha advertido, supongo, pero yo puedo asegurarle que ha perdido más de diez kilos de peso en este tiempo.
——Exagera —traté de bromear—. Estoy en mi peso.

Bering movió la cabeza mientras preparaba una inyección.
¿Sabe una cosa, coronel? —exclamó.
—¿Sí?
—Es increíble el cambio operado en usted de unos días a esta parte. Era un hombre hosco, gruñón, distante y hermético... Ahora es todo lo contrario: comunicativo, animoso, incansable... Le he estado observando durante todo este tiempo, le he visto limpiar a sus compañeros sin experimentar repugnancia, curar sus heridas, cambiar las ropas de las camas, pronunciar palabras de consuelo, animar a los que quedamos en pie continuamente. Créame, ha hecho usted una labor magnífica con sus semejantes Sin embargo, creo que el mayor favor se lo ha hecho a usted mismo —dijo reflexivamente.
—¿Por qué?
—¿Y lo pregunta? De ser un individuo desagradable hasta hacerse odioso ha llegado a convertirse en un hombre dotado de innumerables virtudes. Se lo confieso: yo mismo empezaba a flaquear, pero su ejemplo ha servido para mantenerme en mi puesto. Supongo que su influjo personal ha obrado de modo semejante en todos los demás... De veras, coronel: pienso que se ha convertido usted en un hombre nuevo.
Bering tomó el brazo de Thorpe y le inyectó diestramente.
No hice ningún comentario. Estaba reflexionando sobre lo que el médico acababa de decirme. Lo cierto es que yo mismo no había reparado en el cambio que se producía en mí.
¿A qué era debido? Sencillamente, había decidido olvidarme de mis propios problemas para dejarme absorber por los de los demás. Durante larguísimas velas nocturnas había escuchado los torpes soliloquios de mis compañeros perturbados, había oído de sus labios las inconscientes confesiones de sus pasados, llenos de errores y caídas, de pequeñas alegrías y violentas turbaciones, de miserias y gozos, de auténticos problemas llenos de dramatismos, pero intrínsecamente humanos.
Durante aquellos días, en algunas ocasiones, había estado muy cerca de Claire Thomas, que seguía trabajando infatigablemente en la enfermería, si bien era evidente que su salud estaba muy mermada: estaba más delgada, sus facciones se habían demacrado y sus movimientos eran más pausados y cansinos.
Ella seguía rehuyendo sistemáticamente mi proximidad. Sin embargo, pude advertir que me vigilaba disimuladamente cuando ella creía que yo estaba distraído en alguno de los múltiples quehaceres hospitalarios.
Un día me acerqué impulsivamente a ella y dije:
—Quisiera disculparme, Claire. Fui injusto con usted, la ofendí, me porté groseramente... Ahora quiero expresarle mis excusas. Mi opinión

es que sin usted aquí, todo hubiera sido más difícil.
Noté el movimiento de sus párpados, de sus pómulos... Por un momento, me pareció que se disponía a responder, pero al fin apretó los labios y permaneció muda.
A partir de aquel momento, desistí de acercarme nuevamente a ella. No era por despecho: sencillamente respetaba su implícito deseo de no ser molestada por mí. Un día cambió todo de improviso. Los enfermos comenzaron a evolucionar favorablemente y dejaron de oírse los alucinantes alaridos nocturnos.
Artemisa Brown vino a verme muy excitada. —Salgamos fuera de la astronave, coronel. Quiero que vea algo —dijo.
Contagiado de su agitación, la seguí. Artemisa extendió su brazo hacia el cielo.
—¿Lo ve, coronel? El círculo rojo que rodeaba al sol ha desaparecido. También se han esfumado los celajes magnéticos y la neblina roja que flotaba a ras del suelo —exclamó.
—Es cierto —admití—. Pero no comprendo...
—Lo que quería hacerle notar es que las tormentas solares de Oeé han cesado ya y con ello las perturbaciones psíquicas que la mayoría de nosotros hemos padecido. Ahora empiezo a entenderlo: esas tormentas solares deben producirse con cierta periodicidad. ¿Recuerda las tormentas eléctricas que se produjeron sobre la superficie de Xantroo días antes de que apareciera el círculo rojo alrededor de Oeé? Eran el anuncio de que el astro entraba en una tremenda actividad magnética. En el futuro bastará con observar la aparición de las tormentas para prevenir los efectos del flujo magnético de Oeé.
—Creo que tiene razón —afirmé—. He podido establecer que los más afectados con alteraciones mentales fueron precisamente los que más tiempo permanecieron expuestos a los rayos solares. Y si es tal como suponemos, bastaría Con guarecerse en la astronave cuando tienen lugar las tormentas solares para evitar sus terribles efectos.
—Eso es lo que pienso, coronel: —asintió Artemisa Brown—. Por fortuna, ya ha pasado lo peor.
Tenía razón. En pocos días, los enfermos progresaron notablemente, de tal forma que el doctor Bering comenzó a darles de alta día a día. .
De todas formas, la realidad no podía ser más dramática: de los doscientos sesenta tripulantes que habíamos partido de la base lunar de lanzamiento, sólo restábamos ciento noventa.
En los días siguientes fue restableciéndose la normalidad. Se reorganizaron todos los servicios, se dividieron nuevamente las funciones de cada cual y comenzamos a trabajar de nuevo.
Se diría que un nuevo ánimo nos alentaba a todos.
Eran más frecuentes las sonrisas y los ademanes amables y se

redujeron las reyertas.
Por mi parte, comenzaba a darme cuenta de que en todo ser humano hay algo aprovechable, por oscura y depravada que haya podido ser nuestra existencia anterior. Comprendí, por ejemplo, que era más fácil y agradable relacionarse con los demás cuando uno se preocupaba por los problemas del prójimo.
Sin apercibirse de ello, había echado de lado los modales violentos y las palabras desagradables. Desde luego, la disciplina era imprescindible, pero era fácil imponerla mediante la convicción y la comprensión.
Yo vivía una vida nueva que me producía una cantidad razonable de pequeñas satisfacciones. Era muy agradable interesarse por el trabajo y las funciones de los demás, pronunciar una palabra de aliento en el momento adecuado, aconsejar, guiar y compartir los problemas cotidianos de todos los componentes de la misión.
Antes me obedecían sin rechistar pero con desagrado.
Ahora seguían mis indicaciones de buen grado e incluso venían a consultarme sobre distintos asuntos con frecuencia.
Una mañana me acerqué a Bill Summers, que dirigía los trabajos de ampliación de las instalaciones del campamento. Estuve observando la operación durante un rato y cuando hicieron un alto para descansar me acerqué a Summers.
—Quisiera hablar un momento con usted, Bill —dije.
—Es curioso —respondió—: también yo quería hablar en privado con usted, coronel. Estaba esperando el momento más propicio para hacerla.
Echamos a andar despacio, mientras fumábamos sendos cigarrillos.
—Me dijeron que usted me había velado personalmente, señor —dijo Bill con timidez—. Quería darle las gracias por sus atenciones.
—Todos hicimos lo que pudimos, Bill... A propósito, ¿recuerda la conversación que mantuvimos la primera noche que el doctor Bering me encomendó su custodia? —insinué.
—¿Una conversación? No recuerdo nada, señor. Bueno, usted sabe que perdí la razón temporalmente —respendió.
¿Mentía?
—Verá, Bill: usted mencionó a mi esposa, a mi hijo… Aludió a hechos ciertos, reales. De alguna forma debió conseguir esa información. No pienso censurarle, puede creerlo —me apresuré a advertirle, al notar que sus facciones se rigidizaban—. Tengo curiosidad por conocer como supo esos datos, simplemente.
Summers se agitó, indeciso.
—Se lo aseguro, coronel: no sé a qué se refiere. En realidad, ni siquiera sabia que usted estuviera casado y tuviera un hijo —su rostro brillaba de sudor pero sus ojos miraban rectamente a los míos—.

Todo eso es tan extraño... ¿dice usted que yo le hablé de su esposa, de su hijo...?
Summers no parecía un hombre capaz de disimular, de mentir... Pero yo no había soñado las frases que él pronunció en una habitación de la enfermería.
Con el mayor tacto posible, repetí una por una las palabras que me había dirigido aquella noche.
Summers se ruborizó un tanto. Parecía preocupado por lo que acababa de oír, pero no sabía cómo interpretarlo.
—¡Es... es inaudito! —exclamó. Volvió a enjugarse el sudor del cuello y me miró fijamente—. Se lo juro, coronel —declaró—, yo no sabía *conscientemente* el menor dato acerca de su familia. Por otra parte, ¿por qué habría de ocultar algo así? No habría la menor justificación.
—Eso pienso yo.
—¿No me cree? —preguntó, un tanto molesto.
—Le creo, Bill. Y no se preocupe. Ya sé que es algo inexplicable. Olvídelo; yo haré otro tanto —le recomendé.
—Gracias, señor ——dijo. Y volvimos hacia el campamento.

* * *

Durante los cuatro primeros meses de estancia en Xantroo las desgracias y catástrofes nos habían agobiado tanto que ninguno de nosotros tuvo demasiado tiempo para pensar en sí mismo. Los instintos y las pasiones habían permanecido en un estado de adormecimiento y las relaciones entre individuos de ambos sexos se sucedían de una forma meramente mecánica.
Pero cuando se estableció la normalidad y con ella la vida al aire libre, en contacto directo con la naturaleza, Se produjo una extraña conmoción de los sentidos.
Desde cualquier punto de vista, esto era lógico: un mundo lujuriante, lleno de vigor, con una vegetación paradisíaca y una fauna de una diversidad apasionante... con temperaturas muy elevadas y un alto grado de humedad ambiental, produjeron un revulsivo sensual inmediatamente.
Se daba, además, otro factor importante: de los ciento noventa supervivientes, ochenta éramos varones por ciento diez mujeres. Había muchas mujeres, demasiadas, y este hecho comenzó pronto a producir quebraderos de cabeza.
De una forma natural, se habían formado parejas que realizaban fácilmente su vida sexual. Pero las mujeres superaban a los hombres en número de treinta... Con la exaltación de los sentidos que producía el ambiente de Xantroo, estas mujeres comenzaron pronto a producirme preocupaciones. A menudo se suscitaban riñas entre las mujeres que, normalmente, terminaban con unos cuantos arañazos y

alguna que otra moradura o descalabradura, pero en una ocasión la pendencia terminó en la muerte de una de las que no tenían «compañero».
Por mi parte, sin ser un prodigio de virtudes, me había abstenido hasta entonces de toda relación carnal. No voy a decir que el ambiente no me influyera poderosamente, pero mi estado de ánimo no era propicio a tales relaciones, por el momento.
Sin embargo, un hombre libre en la pequeña sociedad de Xantroo llegó a ser en seguida poco menos que un «mirlo blanco».
Las mujeres «libres» se mostraban cada vez más inquietas y provocativas. A veces paseaban absolutamente desnudas por los lugares donde se realizaban trabajos para llamar la atención de los hombres, y la mayoría de las veces eran ellas las que hacían alguna clara «proposición» a los varones. Con ello, se perdía la atención en el trabajo y algo más importante: la voluntad.
Desde luego, yo odiaba recortar las libertades de cada cual, pero tampoco podía permitir que la disciplina se relajase hasta límites peligrosos. De modo que, con todo el tacto de que fui capaz, influí en unos y en otros para que dedicasen el tiempo libre a sus desahogos sexuales.
De todas formas, ni yo mismo me veía libre del acoso femenino. Las ardientes hembras —todas entre los veinte y los treinta años— coqueteaban abiertamente y pasaban al ataque sin el menor pudor.
Una noche, cuando me retiraba a mi cabina, descubrí con sorpresa un reguero de diminutas prendas femeninas que iba desde mi propio lecho hasta la puerta de mi baño.
Desde el primer momento, era fácil comprender lo que habría de encontrar allí. No era yo precisamente un hombre que se amilanara en situación semejante, pero de todas formas me sentí un tanto inquieto y violento.
Desde luego, no opté por la solución más prudente: dar media vuelta y dormir aquella noche en una de las literas de la cabina de navegación.
Muy despacio, avancé hacia el cuarto de baño y abrí la puerta centímetro a centímetro.
Sumergida parcialmente en un fragante baño de burbujas, encontré a Dilly Jackson. Sus jóvenes y duros senos asomaban por encima de la espuma y sus ojos oscuros destellaban insinuantes,
Hubiera sido muy fácil entregarse enteramente a una orgía con la deliciosa Dilly, una guapa y provocativa jovencita de veintiún años, pero yo me había trazado un camino que pensaba seguir hasta el final.
Me encontraba en un dilema. No era caballeroso ni aconsejable desdeñar a Dilly Jakson...
¿Había alguna solución para zanjar el asunto de una forma

razonable?
La hallé un segundo después.
Dilly entreabrió los labios en un mohín turbador y pronunció en un susurro ardiente:
—Espero no molestarle, coronel...
—Desde luego que no —respondí amablemente, aunque sin sonreír —. Precisamente quería interrogarla.
Dilly se agitó bajo las pequeñas montañas de espuma.
—¿Interrogarme? —murmuró, un tanto asustada.
—Sí. Algunas cosas no quedaron muy claras en la muerte de Guy DeMare, ¿recuerda? —dije—. Quizás usted pueda aportar algunos datos interesantes.
Dilly se puso rígida.
—Verá, coronel, creo que estoy sintiéndome indispuesta... Quizás el agua está demasiado fría —sus labios temblaron—. ¿Puedo... puedo marcharme?
—¿Por qué no? —respondí—. Tendremos nuevas ocasiones de hablar; Salí del baño y fui al otro extremo de la habitación para servirme un whisky. Mientras permanecía de espaldas, oí el rumor de la puerta del cuarto de baño y luego la de la cabina.
Me volví a mirar y vi un reguero húmedo sobre el piso. Dilly Jackson había recogido apresuradamente sus prendas íntimas y se había marchado.
Entonces respiré aliviado.

CAPÍTULO IX

Los trabajos de prospección de yacimientos de *xindrio* habían prosperado espectacular mente.
Con toda minuciosidad, el emplazamiento de los yacimientos se iba localizando sobre el planisferio que habían levantado geógrafos y geólogos. Tres cuartas partes de la superficie de Xantroo habían sido rastrilladas hasta la fecha. El trabajo de detección era muy dificultoso en las enormes extensiones polares, donde resultaría prácticamente imposible explotar los yacimientos de *xindrio*.
Pero los recursos energéticos de aquel planeta escapaban a la imaginación más desbordada. Prácticamente, la Tierra podría contar con energía nuclear a lo largo de millones de años.
Cada semana, la información sobre nuevos hallazgos de mineral radiactivo era transmitida a la Tierra, desde donde nos llegaban constantemente felicitaciones por el éxito de nuestra misión en Xantroo.
En la Tierra, se procedía aceleradamente al montaje de nuevas astronaves tipo «Cosmeagle», aptas para el transporte de grandes

cantidades de xindrio, comprobados ya los incalculables recursos de este mineral en Xantroo.
Supe también que los técnicos en Astronáutica de la Tierra acariciaban un proyecto mil veces más ambicioso; el montaje fuera del «cinturón de Wolfman» de un gigantesco contenedor de mineral. Las naves «Cosmeagle» transportarían hasta las proximidades de Xantroo toneladas de piezas metálicas que serían ensambladas fuera de la atmósfera de Xantroo. Se estaba calculando la fuerza de repulsión del «cinturón de Wolfman» para aprovecharla como propulsión de aquel macro almacén en dirección a la Tierra.
En resumen, las noticias que nosotros enviábamos a la Tierra habían desatado la ambición y ya se especulaba con la posibilidad de convertir la Luna en un gigantesco depósito de *xindrio*.
Por entonces, yo vivía la apasionante aventura de catalogar la fauna y la flora de Xantroo.
Desde el aire, emprendía cada mañana largos «raids» por encima de las selvas y las sabanas, de los lagos y las montañas.
Había filmado en video centenares de horas plasmando las imágenes de los más bellos animales que pueda imaginarse. Había encontrado una manada de antílopes rojos formada por más de noventa mil reses...
Ciertamente, todos los animales de Xantroo no tenían el aspecto que un terrestre podría imaginar. Había, por ejemplo, gigantescos «*druks*» o bueyes con joroba, que medían tres metros y medio de alzada, enormes «*haulays*», que se movían perezosamente en las ciénagas y debían pesar unas doce toneladas, terroríficos «*xigs*», semejantes a ciempiés, que medían cuatro metros y cuyo veneno podía matar fácilmente a uno de los mastodónticos bueyes de Xantroo.
Los nombres que iba poniendo a cada animal eran casi siempre onomatopéyicos; es decir, se basaban más o menos en los sonidos que emitían, en sus gruñidos, bramidos o rugidos.
En Xantroo apenas llovía. Sin embargo, no escaseaban los riachuelos, los lagos y los manantiales. Esto era debido a que el intenso calor de las zonas tropicales provocaba un deshielo continuo y constante en cantidad.
Era un mundo primitivo, pero maravilloso. Los árboles ofrecían jugosos frutos de ocho kilos, como una especie de mamey de cuarenta metros de altura, la caza estaba al alcance de la mano y el clima era soportable en los trópicos, a pesar de las elevadas temperaturas diurnas.
«No me importaría vivir aquí por el resto de mis días», me sorprendí pensando.
Me sentía ahora más sereno y satisfecho de mí mismo, a pesar de que, de cuando en cuando, volvía a tener terribles pesadillas. El tema

principal era siempre el mismo: aquella escena en la que veía a Jerry con los cabellos empapados de sangre y a Janice encañonándome con su pistola y todo el odio del mundo brillando en sus ojos verdes.
¡Janice...! No había conseguido olvidada, aunque hubiera puesto toda mi voluntad en borrarla para siempre de mi cerebro y mi corazón.
La idea se me ocurrió de repente tras una de las semanales comunicaciones con Tierra. ¿Dónde estaría Janice, qué había sido de ella en los últimos diez años?
Sin detenerse a pensar, pedí al operador de la Base de la Worldspace que llevasen a cabo cierta investigación.
Cierto día, la superficie de Xantroo tembló violentamente. Era la hora del almuerzo y la mayoría de nosotros se encontraba en el gran comedor del campamento.
El seísmo fue muy débil, pero así y todo platos y vasos rodaron por los suelos y la gente se asustó.
El temblor no volvió a producirse y pronto tornó la calma. Pero Artemisa Brown parecía preocupada.
—Puede ser el anuncio de convulsiones más importantes, coronel. Y lo grave del asunto está en que no disponemos de un sismógrafo que nos prevenga con suficiente anticipación de los movimientos telúricos —me dijo.
—¿No podría construir ese aparato la doctora Thomas? —insinué.
—¡Tiene razón! —exclamó Artemisa—. Hablaré con ella.
A partir de aquel momento, las vi trabajar juntas todas las tardes. Se reunían las dos mujeres en el laboratorio de Electrónica, consultaban algunos textos y resolvían complicados cálculos en equipo.
Una semana después, Artemisa Brown vino a verme.
—¡Esa mujer es un portento, coronel! Su sismógrafo nada tiene que envidiar a los más sofisticados aparatos japoneses. Claire lo ha dotado además de un sensor electrónico finísimo, capaz de detectar una explosión de dinamita bajo tierra a ochenta kilómetros de distancia. Lo hemos estado probando durante tres días y los resultados han sido muy satisfactorios —me explicó, admirada.
—Lo celebro —respondí—. ¿Quiere darle las gracias a la doctora Thomas en mi nombre?
—Desde luego, pero… quizá a ella le gustaría más que lo hiciera usted personalmente.
—Hágalo usted, se lo ruego —insistí con cierta brusquedad. Y me alejé.
En lo alto de una pequeña ondulación del terreno que apenas merecía el nombre de colina, se encontraba nuestro cementerio.
Algunas tardes, momentos antes de que todos nos refugiásemos en la astronave, solía ir yo hasta allá, dando un pequeño paseo.
Mientras fumaba un cigarrillo, recorría lentamente las tumbas donde

reposaban para siempre setenta y una personas de la misión *New Energy*.
Allí estaban sus nombres:
Jorge Campos, comandante copiloto.
Jack Temple, teniente piloto.
Guy DeMare, analista químico.
Ennio Flocco, ingeniero de mantenimiento.
Jock Ambler, zoólogo.
Aretta Robin, ayudante de laboratorio.
Ruth Smith, especialista en telecomunicaciones.
Sin poderlo evitar, sentí un escozor intenso en los ojos.
Pero era preciso controlar las emociones, mantener el ánimo por encima de todas las adversidades. Al fin y al cabo, ¿no habían calculado los expertos de la *Worldpace Agency* que muchos de nosotros quedaríamos para siempre en Xantroo?
Sin embargo, yo odiaba las frías cifras de porcentajes de riesgos. Había visto sufrir a aquellos hombres y mujeres, había asistido a sus furiosos ataques de locura, había contemplado sus miserables restos mortales devorados por los *worrocks*. No, decididamente, las setenta tumbas que yo contemplaba ahora no podían contemplarse a través del helado prisma de las estadísticas.
Permanecía ensimismado, cuando escuché una voz estentórea.
—¡Coronel Wolfman ... !
Me volví. El que venía hacia mí era Blaise Simpson, un joven médico, ayudante del doctor Bering. Parecía muy agitado.
Comprendiendo que su mensaje era importante, descendí a buen paso de la colina y me reuní con Simpson.
—¿Qué ocurre?
—El doctor Bering quiere que vaya usted a la enfermería. Es urgente —dijo Simpson.
Juntos caminamos aprisa por la llanura hasta alcanzar el acceso a la astronave.
—¿De qué se trata? —pregunté a Simpson cuando ascendíamos hacia la planta cuarta.
—Tenemos cuatro enfermos. Gravísimos. Pero el doctor Bering se lo explicará en seguida —respondió el médico ayudante.
Poco después penetrábamos en la enfermería y nos reuníamos con Allan Bering. La grave expresión de su rostro me preocupó.
—Venga —dijo, cuando me disponía a formular atropelladas preguntas.
Entramos en una celda-nido. Aquellas dependencias sólo se utilizaban en caso de epidemias graves. En la cápsula de plástico había una persona. En principio me fue absolutamente imposible reconocerla. Fuertemente impresionado, contemplé un rostro hinchado y verdoso

en el que los ojos desaparecían prácticamente en las dos pequeñas rendijas de los párpados cerrados.
—¿Quién es? —pregunté.
—Dilly Jackson —respondió Bering, nervioso—. Esta mañana la vi, tenía un aspecto magnífico, es decir, lo normal en una joven saludable como ella. Después del almuerzo de mediodía me la trajeron aquí urgentemente. La puse en la cámara de oxígeno al comprobar que apenas respiraba y se recuperó un tanto. Pero inmediatamente comenzó a hincharse y su piel tomó ese desagradable tono verdoso. Creo... creo que debo decirle la verdad, coronel. Dilly se está muriendo. Pero eso no es todo.
—¿Qué quiere decir, Allan? —un frío glacial me obligó a estremecerme.
—Que probablemente todos estamos intoxicados —respondió Bering.
Inconscientemente y movido por los nervios encendí un cigarrillo, pero inmediatamente lo arrojé al suelo y lo pisoteé.
—¿Intoxicados? —murmuré, colérico—. ¿Por qué?
—Cuando vi que Dilly se hinchaba tomé una muestra de sangre y otra de su piel e incluso de tejido muscular. Mientras Simpson se ocupaba de atenderla, llevé a cabo unos análisis de laboratorio. El resultado me sorprendió... Botulinas.
—Pero eso no es tan grave. ¿No hay un suero contra el botulismo? —exclamé impaciente.
Bering abrió los brazos en un gesto de impotencia.
—Le inyecté una dosis de veinte gramos a Dilly, pero el efecto del mal no sólo no ha disminuido, sino que el estado general de la enferma se ha agravado aún más. Créame, coronel, ¡no sé qué hacer! —gimió a punto de desfallecer.
Allan Bering podía haber cometido gravísimos errores en el pasado, pero para mí no había la menor duda de que aquel hombre se había redimido con creces tras cinco meses de entrega absoluta a sus semejantes. Bering había enflaquecido y ni siquiera era la sombra de un hombre. El exceso de celo en el cumplimiento de su deber le había envejecido diez años en unos pocos meses.
—Algo podremos hacer —exclamé, tratando de elevar su ánimo—. ¿Quiénes son los otros enfermos?
—Su segundo copiloto, Ted Bradford; Brenda Polk, enfermera, Rod Asquith, ayudante de intendencia...
—¿Cómo se produjo la intoxicación?
—El almuerzo del mediodía. Supongo que recordará que el ingeniero Bradley se suicidó al penetrar voluntariamente en el transformador —explicó Bering con acento fatigado—. Al parecer, las cámaras frigoríficas permanecieron desconectadas durante cinco o seis horas hasta que la avería se resolvió... Bien, algunos alimentos, las carnes

principalmente, se estropearon, sin que nadie pudiera advertirlo. No hay que culpar a nadie de ello —se apresuró a aclarar al notar mi gesto iracundo—. En aquellos momentos no podíamos ocupamos de otra cosa que de los enfermos. Lo cierto es que las carnes volvieron a congelarse, pero las bacterias se habían desarrollado ya. Y...

Bering se dejó caer, desfallecido, sobre una silla.

—¿Qué?

—Todos hemos comido esa carne contaminada Con el fin de que no cundiera el pánico, he hecho pasar por la enfermería a la mayoría de los tripulantes y les he inyectado suero antitóxico. Por desgracia, no tengo muchas esperanzas de que el suero surta efecto.

Me dolió ver a Bering absolutamente vencido. Si él, un hombre resistente a cualquier desaliento, se dejaba ganar por el desánimo, ¿qué ocurriría con los demás? ¿Qué podía yo hacer para elevar su moral? Lo que hice inmediatamente.

—Yo me siento muy bien... Y confieso que me tomé tres hermosos filetes semicrudos. Vamos, Allan. Ya sé que es una desgracia, pero quizá no sea tan terrible como imaginamos —palmeé su espalda suavemente—. Hemos luchado siempre, ¿no es cierto? ¡Tenemos que seguir haciéndolo ahora!

Bering suspiró y se puso en pie. En seguida salimos de la celda-nido y caminamos hacia el despacho del médico.

—Si el suero falla en los individuos que hasta ahora no ofrecen síntomas de estar afectados por el botulismo, ¿qué podríamos hacer? —pregunté.

Busque en un armario, saqué una botella de whisky y vertí un chorrito de licor en tres vasos, uno de los cuales ofrecí a Bering. .

—¡No, por favor! ¿Cree que podemos dedicamos a beber cuando tenemos una responsabilidad como ésta sobre nuestras cabezas? —exclamó, rehusando con un leve movimiento el vaso que le ofrecía.

—Querido Allan, somos personas responsables, pero también seres sensibles a las emociones y a la fatiga. Necesitamos un trago ahora —dije. Y le puse el vaso en la mano; añadiendo—: Tómelo, por favor.

Bebió el licor de un trago y suspiró. Simpson le ofreció un cigarrillo ya encendido, del que Bering fumó con ansiedad.

—Tenía razón, coronel —confesó con una débil sonrisa—: necesitaba ese trago. Ahora me siento mejor.

Di un vaso a Simpson y bebí el mío de un trago.

—Bien... ¿Qué podemos hacer? —pregunté, mirando a uno y otro alternativamente.

—No lo sé —Bering se pasó nerviosamente la mano por la frente—. Quizá pudiéramos aislar algunas bacterias de esa carne contaminada, intentar un cultivo, preparar una vacuna. No tengo mucha experiencia en Toxicología, pero es lo único que podemos hacer. Simpson y yo

tendríamos que trabajar sin descanso hasta comprobar si obtenemos resultado... ¡pero todo esto es tan acongojante! Me descorazona ver a esa pobre muchacha, Dilly Jackson, sufriendo horriblemente, deformada como un monstruo abyecto —se desesperó.
—Quizá Dilly muera, o tal vez muramos muchos o... todos. Pero tenemos que luchar hasta el fin, doctor Bering —dije fríamente.
—Está bien. Ven conmigo, Blaise —pidió el doctor—. Manténgase en contacto conmigo, coronel. Veremos qué podemos hacer.
—Estoy dispuesto a echarles una mano, si me necesitan —me ofrecí.
—Lo sé —respondió Bering. Y él y su ayudante penetraron en el laboratorio.
Cuando salí al exterior, cuatro hombres traían a hombres a Bob Kimpling, mi jefe de seguridad. No necesité preguntar qué ocurría: Kimpling se debatía en un espasmo continuo y sus facciones estaban terriblemente deformadas y amoratadas.
El incidente de la enfermedad de Kimpling había pasado desapercibido para el resto de la dotación, pero yo estaba seguro de que en breve plazo se sucederían las escenas de pánico.
Un desconocido impulso me llevó hasta el laboratorio técnico de Claire Thomas. Empujé la puerta y ella dijo sin volverse:
—Ve preparando café, Artemisa.
Durante unos segundos, permanecí inmóvil, incapaz de reaccionar. Luego cerré la puerta, eché una ojeada a las bancadas de trabajo y vi una cafetera eléctrica en medio de un revoltijo de cables, resistencias, relés, diodos y otros elementos eléctricos.
Abrí un tarro de café, puse agua en la cafetera y la enchufé. De reojo miré a Claire: vestía una ceñida bata azul que realzaba de forma encantadora sus caderas.
—No puedo dejar esto ahora. Estoy soldando unos transistores, Ati. Por eso te he pedido que preparases el café —dijo, absorta en su trabajo.
Contuve el aliento y esperé... En seguida, empezó a caer el café hirviente sobre el depósito de cristal y desenchufé la cafetera. Vertí el negro brebaje en dos vasos de plástico, añadí azúcar a uno y caminé con el otro en la mano hacia el lugar donde se encontraba la doctora Thomas.
—¿Quieres encenderme un cigarrillo, Ati? —pidió. Eché una ojeada a mí alrededor y encontré los cigarrillos. Con cierta emoción, encendí uno y lo puse a su alcance, al borde de la bancada.
Ella lo cogió en seguida, aspiró el humo con fuerza y luego probó un sorbo de café. —Hmmm. ¡Delicioso! —exclamó.
En aquel momento, dejó el soldador y se volvió.
Un gritito salió de su garganta cuando sus ojos se clavaron en los míos.

—¡Coronel Wolfman! ¿Qué... qué hace aquí? —murmuró, asombrada.
—Estoy relevando a Ati —respondí con pésimo sentido del humor—. La verdad es que quería hablar con usted, doctora Thomas. Usted me confundió con Artemisa Brown y yo hice lo que me pedía...
Vi que hacía un enorme esfuerzo por recuperar la calma. Instintivamente se llevó la mano a la cabeza como si intentara colocar adecuadamente sus cabellos.
—Y bien... ¿Qué era lo que tenía que decirme? —dijo al fin. Y se llevó el vaso de café a los labios.
—Quería... cerciorarme de que el doctor Bering la había vacunado. ¿Lo hizo?
—Sí... Por cierto, aún no he logrado averiguar para qué servía esa vacuna —respondió.
No tenía una voz bonita. Era demasiado gangosa, hueca, átona.
Dudé un momento. Y finalmente me decidí.
—Usted puede sernos de mucha utilidad, doctora Thomas —dije—. Quiero que esté al tanto de los acontecimientos, pero le ruego que mantenga en secreto lo que voy a decirle.
—Adelante.
Le expliqué en pocas palabras todo lo relacionado con la intoxicación por botulinas que ya sufrían cinco de nuestros compañeros, le dije que Dilly Jackson no se salvaría con toda probabilidad y que seguramente todos caeríamos enfermos.
Su rostro iba cambiando de expresión a medida que escuchaba mis palabras. Me dio pena, pero era preciso contar con su ayuda inestimable, pues la doctora Thomas se había revelado como una de las personas más equilibradas de la misión *New Energy*.
—¡Dios mío, qué desgracia! —exclamó, cuando terminé de hablar—. Y después de todo lo que hemos tenido que sufrir...
—Lo sé, pero hemos de resistir hasta el final. ¿Cuento con usted?
—Sí —dio una chupada al cigarrillo y lo aplastó en un cenicero de plástico. Luego terminó su café y cuando yo me dirigía a la puerta, dijo —: Por cierto, coronel... ¿cómo sabía que me gusta el café sin azúcar?
Vacilé.
—No lo sabía. Debí olvidarme de ponerla en su vaso, doctora Thomas —respondí con miserable confusión.
Claire mordisqueaba un tallo jugoso y se volvió para continuar su trabajo. Sin agregar una palabra, escapé de allí.

CAPÍTULO X

Dilly Jackson murió a las dos de la madrugada. Entre Bill Summers y yo transportamos su cadáver hasta el incinerador de residuos de la

astronave.
Bill estaba al tanto del asunto, pero cuando le dije que debíamos quemar el cuerpo de Dilly su rostro sufrió una tremenda alteración.
—¡Por amor de Dios, no! —gritó—. Sepultémosla.
—El doctor Bering cree que es preciso quemar este cuerpo, Bill. Y, créame, lo siento, pero es necesario —expliqué severo.
Cuando la camilla llegó ante el incinerador, Summers se desmayó. Antes de que volviera en sí, me puse un par de guantes, coloqué el cadáver en la rampa, tragué saliva, y lo empujé hacia el infierno ígneo que bullía en el interior del horno. '
Inmediatamente comencé a vomitar.
No me alarmé entonces. Bill Summers estaba volviendo en sí y me incliné para ayudarle a incorporarse.
Para entonces, veintidós personas habían sido hospitalizadas en la enfermería, después de sentirse indispuestas en las primeras horas de la noche.
Por fortuna, el equipo nombrado por el doctor Bering estaba alerta a cualquier emergencia, de modo que nos fue posible sacar a los enfermos de sus cabinas sin que cundiera la alarma.
Volvimos a la enfermería. Allí estaba Claire Thomas, trabajando sin descanso y masticando uno de aquellos tallos verdes que casi siempre llevaba entre los labios.
Kimpling estaba muy mal. Aunque se le había administrado una dosis de suero antitóxico, el mal progresaba rápidamente y su deformado rostro iba cambiando progresivamente del tono morado al verdoso.
Entretanto, Bering y su ayudante Simpson continuaban en el laboratorio trabajando en una carrera contra el tiempo con el incierto afán de hallar una vacuna efectiva.
A las cuatro de la madrugada, otros seis afectados por el botulismo debieron ingresar en la enfermería. Yo empezaba a imaginarme lo que ocurriría al día siguiente cuando la noticia se filtrase inexorablemente al resto de los componentes de la tripulación del Cosmeagle-I.
Como era de esperar, cundiría el pánico. Los que aún se consideraban sanos tratarían de escapar a la desesperada... sin reparar en que el mal estaba ya dentro de ellos.
Decidí entrevistarme con mi intendente general, Dan Vitale. Parecía un espectro cuando le encontré en un pasillo de la planta tercera empujando la camilla en la que llevaba a Glynis Heller, una de sus ayudantes Miré el rostro de Glynis: estaba pavorosamente hinchado.
Pero Dan también estaba afectado por la enfermedad.
Bastaba contemplar sus pupilas apagadas y el temblor de sus manos. No podía contar con él, antes de una hora habría caído.
Pensé en Burt Gaynes, en Hobson ... Eran hombres de una pieza, duros, resistentes. Quizá podría formar con ellos un equipo de

emergencia para dominar a la tripulación en el caso de que cundiera el pánico. Quizá...
¿Pero qué diablos me estaba ocurriendo? Caminaba con enorme torpeza, me apoyaba en las paredes, las piernas se me doblaban... .
Me erguí con gran esfuerzo. La cabeza me daba vueltas y sentía una incómoda rigidez en la mandíbula inferior.
Por segunda vez, rompí a vomitar. A pesar de ello, me limpié apresuradamente los labios y conseguí llegar hasta la cabina de Burt Gaynes.
Estaba durmiendo pesadamente y roncaba, pero le desperté.
—Levántese, Gaynes. Debo pedirle...
Me tambaleé. Gaynes saltó de la cama medio adormilado y logró sostenerme antes de que diera en tierra con mi cuerpo.
—Dígame, señor, ¿qué debo hacer? —preguntó solícito. Y calló súbitamente. Estaba mirándome, contemplándome con horror—. Coronel, su rostro...
—¿Qué... pasa con mi rostro? —logré balbucear.
—¡Está... está horriblemente hinchado, señor! —respondió Burt, transidas las facciones en un gesto de conmiseración—. Venga, le ayudaré. Voy a llevarle a la enfermería. .
Era un hombre muy robusto. Me tomó con facilidad por la cintura y cruzó uno de mis brazos por encima de sus hombros. De esta forma, me arrastró en vilo hacia el pasillo.
—¡Es... espere! —gemí—. Burt, es preciso que me escuche...
En medio de una espantosa náusea, conseguí palbucear al oído de Gaynes lo que esperaba de él respecto a la organización del equipo de seguridad.
—Tranquilícese, señor. Yo me ocuparé de todo. ¡Vamos! ¡Un poco más! Ya estamos llegando a la enfermería.
En aquel momeno perdí el conocimiento.

* * *

Recordaba perfectamente que mi rostro se había hinchado como una calabaza. La piel tenía un resplandor bermejo y mis rasgos faciales habían desaparecido por completo en aquella masa esférica y tensa.
Pero ya no era sólo la cabeza. Mi cuerpo se iba hinchando e hinchando cada vez más hasta semejar un grotesco globo. Noté que ascendía raudo hacia las alturas al mismo tiempo que mi cuerpo alcanzaba dimensiones pavorosas.
Era imposible aguantar tal tensión. Y de repente... i Bouuum! mi piel estalló y mi pobre ser se disgregó en piltrafas.

* * *

Los labios, resecos y agrietados, me escocían terriblemente. Alguien

puso un paño húmedo sobre ellos y en seguida sentí un cierto consuelo.
A través de una neblina cenicienta, vi el rostro difuso de Allan Bering.
Más allá del médico, entreveía una silueta más esbelta, cuyas facciones se difuminaban fastidiosamente. Me era imposible averiguar quién era aquella persona.
—Al... Al... Allan —murmuré—o ¿La... vacuna? Bering movió tristemente la cabeza. i Había fracasado! Mi temperatura ascendió brutalmente. Comprendí que de seguir así mis sesos se fundirían dentro del crisol de la caja craneana.
Lentamente volví a sumergirme en el delirio.

* * *

—Te perdono —dije en un susurro.
Janice estaba allí, erguida, distante, inalcanzable.
Yo extendía mis brazos hacia ella con tremenda ansiedad, pero Janice retrocedía una y otra vez hasta convertirse en algo impalpable.
Se burlaba de mí. Porque en seguida la veía sentada en una silla, con las perfectas piernas cruzadas indolentemente.
—¿Me perdonas, Janice?
El gesto hierático no traslucía ninguna emoción. Estaba allí, bella, deseable y magnífica, pero en su corazón no vibraba ningún sentimiento.
—¡Perdóname! —exclamé en un grito desgarrador. Pero ella desplegó sus piernas, se irguió, frunció los labios y pronunció lentamente:
—Aún no ha llegado el momento, Paul.
Y su imagen se fundió en aquel mareante fondo grisáceo.
Pero... ¡algo se había movido allí! La silueta de Janice se había desvanecido, pero en su lugar otra idéntica avanzaba esplendente. En principio tuve la esperanza de que Janice se hubiera apiadado de mí, pero no era ella. Era...
—¡Claire! . .
¡Sí, Claire se aproximaba a mi lecho! —Paul —dijo.
Sonreía. Y mordisqueaba con gran placer un jugoso tallo verde.
Su joven cuerpo caminaba airosamente hacia mí. Su rostro, terso y lleno de vitalidad, era hermoso y saludable. No había la menor huella de enfermedad en ella. El estigma del terrible mal no había logrado hacer mella en aquella prodigiosa mujer.
Súbitamente comprendí.
—jClaire, Claire! —grité hasta ahogarme.

* * *

Sonja Hassmann y Pete Hall me devolvieron con cuidado al lecho.

Acababa de caerme y los contactos del cardiocontrol se habían desligado. Mi corazón latía tan velozmente que apenas podía mantener los ojos abiertos.
Alguien llegó entonces. —Coronel... Paul. ..
Era Allan Bering. Parecía una sombra, un espectro. —¡Allan! —murmuré, mientras Sonja colocaba los contactos del cardio—activador—. ¿Qué... ocurre?
—Sólo... quedamos cuatro personas en pie: Sonja, Pete, Claire Thomas y... yo. Simpson acaba de caer. Llevamos cinco días en el laboratorio, pero no hemos conseguido obtener la vacuna. Es el fin, coronel —murmuró Bering sin fuerzas.
—¡No es el fin! —grité. ¿O sólo fue un débil balbuceo?—. Escuche, Allan. Usted, Pete, Sonja... están enfermas. ¿También Claire? ¡Quiero que venga aquí! —clamé.
Bering se arrastró pesadamente fuera de mi habitación. Entretanto, volví a sumergirme una vez en las brumas de la inconsciencia.
Por fortuna, Allan Bering —que resistía milagrosamente—, debió considerar que era preciso hacerme volver en mí, y así, media hora después recuperaba el conocimiento.
Me era imposible entreabrir los párpados, siquiera fuera una rendija. Pero oí la voz lejana, debilísima, del doctor Bering:
—Coronel... Claire Thomas está aquí. Sonja Hassmann y Pete Hall han caído irremisiblemente. Yo... dentro de unos segundos me derrumbaré para no levantarme más. Dígame... ¿para qué quería a la doctora Thomas?
Mi torpeza me impedía recordar. Pedí que aumentaran el oxígeno, que entreabrieran un poco la cápsula de plástico que me albergaba.
Un intenso aroma vegetal llegó hasta mi nariz entonces y recordé bruscamente.
—Por favor... Acérquese, Claire —rogué.
Una de sus frescas manos se apoyó sobre otra mía, monstruosamente hinchada.
—¿Sí, coronel? —murmuró una trémula voz femenina.
—Claire, durante los últimos días, la he visto constantemente masticar unas hierbas, unos tallos...
—Sí. Crecen cerca de aquí... Exhalaban un penetrante perfume e inconscientemente arranqué uno de esos tallos, semejantes a hinojos, y lo mastiqué. Era muy agradable, jugoso y aromático... Ahora pienso que fui terriblemente inconsciente, pues podía haberme envenenado, ya que se trataba de una planta desconocida. Pero no sucedió nada y seguí recogiendo esos tallos para masticarlos...
Noté un vahído y comprendí que iba a perder nuevamente el conocimiento. Desesperadamente, me agarré a la mano de Claire como si su contacto pudiera mantenerme lúcido.

—Ahora, ahora lo comprendo —logré articular—. Es... esa hierba. Posee poderosas propiedades contra las intoxicaciones.
Una descarga nerviosa recorrió el cuerpo de Claire Thomas.
—¿Cree que se trata de una especie de antídoto? —preguntó con ansiedad.
—Creo que... es la única posibilidad... ¡Por amor de Dios, Claire! ¡Corra, salga de la astronave, traiga la mayor cantidad de esos tallos que pueda encontrar! ¡Doctor Bering... !
—¿Sí? —murmuró desmayadamente Allan.
—Usted... debe administrar el jugo de esos tallos a todos los enfermos. Hágalo o...
Bruscamente volví a las tinieblas.

CAPÍTULO XI

Un rayo de sol penetró tímidamente a través de las cortinas que velaban el ventanal de vidrio blindado.
Alguien se aproximó, una leve corriente de aire fresco acarició mi rostro y unas manos finas arreglaron la ropa de mi cama.
Intenté abrir los ojos, pero mis párpados se negaron a entreabrirse. Un gemido de desesperación escapó de mi garganta.
—Calma, coronel. Todo va bien... Tiene una costra en los párpados, eso es todo. Vaya tratar de librarle de ella —dijo una voz femenina.
—¿Hassmann? —inquirí, un tanto decepcionado.
—Sí, coronel: soy Sonja Hassmann. Descanse. Ahora mismo me ocupo de usted —dijo la enfermera.
Moví una mano y palpé, temeroso, mi rostro. No estaba hinchado ya, pero la piel estaba cubierta de duras costras.
Sonja se aproximó, puso algo sobre la mesilla de noche y luego noté que aplicaba a mis párpados una compresa húmeda. Delicadamente fue realizando su trabajo sin prisas. Luego dijo:
—Inténtelo ahora. Trate de abrir los párpados.
Se despegaron con leve esfuerzo. Inmediatamente parpadeé y torné a cerrar los ojos y a abrirlos intermitentemente hasta acostumbrarme al resplandor que penetraba a través de las cortinas.
—¿Claire, el doctor Bering ... ? —murmuré, con miedo.
—El doctor Bering se repone, paso a paso. La doctora Thomas y el doctor Simpson se ocupan de todo —respondió.
—¿Cuántos... cuántos han... ? —susurré. Y no fue necesarío completar la frase, pues Sonja me entendió perfectamente.
—Treinta y seis. El resto están fuera de peligro, muchos de ellos prestan servicio y los demás convalecen —explicó.
¡Treinta y seis víctimas! Y aún podíamos felicitarnos de que la mayoría hubiera sobrevivido al terrible morbo.

—Fue milagroso, coronel. El jugo de esas hierbas nos salvó —dijo la enfermera.
La miré con interés. Y me asusté. Sonja Hassmann, flaquísima, tenía las facciones demacradas, cenicientas, los ojos hundidos, la piel cubierta de blancuzcas costras semejantes a las que produce la tiña.
Si ella, que parecía recuperada, presentaba semejante aspecto, ¿cuál sería el mío? Monstruoso, probablemente.
Sonja se retiró y volvió en seguida con una bandeja en la que había algunas viandas. Puso en mi mano un tazón de caldo humeante, pero lo vertí y ella tuvo que darme de comer como si yo fuera un niño.
Luego me puso una inyección sedante y me quedé dormido.

* * *

El cementerio de la colina había crecido considerablemente. Nuevos nombres habían venido a engrosar las listas de las víctimas de Xantroo.
Jim Gordon, mecánico especialista.
Ron Asquith, electricista de mantenimiento.
Brenda Smith, dietética.
Irene Wells, enfermera.
Burt Gaynes, ayudante de Kimpling.
Dilly Jackson...
Pero los supervivientes no pensaban demasiado en ello. Sencillamente, dedicaban todas sus fuerzas a recuperar energías y forma física, a base de una alimentación rica en proteínas, ejercicio liviano y larga permanencia al sol y al aire libre.
Era la ley de la vida. Por encima de todo, vencer a la muerte, alentar un día más: sobrevivir.
No había alegría en aquellos rostros delgados y pálidos, sino ansiedad y miedo.
De todas formas, al cabo de un mes todos nos habíamos recuperado lo suficiente como para proseguir los trabajos de prospección de *xindrio*.
Bob Kimpling, mi jefe de seguridad, que parecía más hosco y taciturno desde que estuviera a punto de morir intoxicado, vino aquella mañana a charlar conmigo.
Después de cambiar impresiones sobre la organización de la seguridad en los trabajos prontos a reanudarse, advertí que pugnaba por decir algo más.
—¿Qué ocurre, Bob? —le pregunté.
—La gente está aterrada. Hay una especie de espíritu supersticioso que los envuelve a todos, coronel. Empiezan a creer que este planeta está maldito, piensan que Xantroo es una trampa mortal de la que ni uno solo de nosotros escapará...

—Tonterías.
—Yo no me lo tomaría tan a la ligera. He advertido entre ellos una cierta tendencia a reunirse en pequeños grupos, a hablar en voz baja, a conspirar... Temo que todo ello pudiera conducir a una insurrección —añadió.
—Espero que eso no ocurra. Hemos de terminar nuestro trabajo cuanto antes. Entonces cargaremos las bodegas de la astronave y diremos adiós a Xantroo —respondí.
Kimpling arrojó un escupitajo al polvo.
—Sí —admitió—. La única forma de evitar un motín es acelerar las últimas prospecciones y escapar de aquí... —me miró de reojo y añadió—: Por mi parte, cumpliré con mi deber hasta el final, coronel. Pero no voy a ocultarle que también tengo miedo. Sólo me sentiré tranquilo cuando el Cosmeagle-I nos haya llevado a gran distancia de este asqueroso lugar.
Fue entonces cuando comencé a preocuparme seriamente. Si Bob Kimpling, uno de los profesionales más enteros e irreductibles, comenzaba a flojear, el panorama no podía ser más sombrío.
De todas formas, traté de entrevistarme con unos y otros para llevar un poco de ánimo y entusiasmo a sus espíritus, aunque confieso que no logré mi propósito plenamente. Al desánimo y a la desgana se unía ahora el peor enemigo: el pánico.
Los trabajos comenzaron al fin. Quedábamos ciento cincuenta y tres supervivientes y, lógicamente, las tareas se habían multiplicado para cada uno. Trabajábamos desde el alba hasta la noche, ansiosos por dar fin a la tarea cuanto antes.
Una semana después tuvo lugar un segundo seísmo.
Como consecuencia, hombres y mujeres abandonaron sus trabajos y se cobijaron, aterrados, en la astronave. Durante dos días permanecimos inactivos, hasta que por fin logré convencerles de que había sido una falsa alarma y ningún peligro nos aguardaba en el exterior. Pero las expresiones se tornaban cada vez más hoscas y huidizas y menudeaban las explosiones de cólera, los nervios y los conflictos.
Aquella tarde vino a verme la experta y animosa Artemisa Brown, que ahora parecía hondamente preocupada. Desplegó ante mi mesa unos mapas y señaló un punto definido: precisamente la llanura en la que se encontraba nuestra nave.
—Con la ayuda de Ciaire Thomas, he trazado estos mapas sismológicos —declaró—. Y una de las líneas de conmoción telúrica pasa precisamente por esta llanura. Y, ahora, escúcheme con atención, coronel: según mi experiencia, esos seísmos de escasa potencia sólo son el anuncio de una verdadera catástrofe. El segundo temblor ha sido mucho más potente que el primero. Y el próximo

provocará una falla a lo largo de esta llanura, dirección Norte-Sur.
Disimulé lo mejor que pude la impresión que me producía su confidencia.
—Si ocurre, tal como prevemos, el Cosmeagle-I está en peligro —añadió.
—¿Qué podríamos hacer? —pregunté—. Es imposible trasladar nuestra astronave: ello nos impediría escapar de Xantroo después.
—No lo sé —respondió, nerviosa—. Pero la astronave podría ser destruida por el seísmo en la posición que ahora ocupa.
Reflexioné sobre la decisión a adoptar.
—Lo más sensato es trasladar el campamento a distancia segura y vaciar el Cosmeagle-I de todos sus elementos móviles. No es posible hacer otra cosa —resolví—. Se lo ruego, mantenga este asunto en secreto.
La operación comenzó aquella misma tarde. Había que mentir para no levantar las sospechas de nuestros camaradas. La disculpa era fácil: la superficie a prospectar se hallaba a excesiva distancia del campamento. Era, pues, más razonable acercar el campamento a la zona de trabajo.
El campamento fue desmantelado y el material se trasportó en días sucesivos a mil trescientos kilómetros de distancia, aunque en la misma latitud aproximadamente.
Fue una labor pesada, dificultosa y fatigosa, pues hubo que desmontar y transportar igualmente maquinaria, vehículos y provisiones de a bordo del Cosmeagle-I, todo lo cual nos llevó más de una semana de incesantes viajes.
El nuevo campamento se ubicó en una meseta árida de subsuelo arcilloso seleccionada por Artemisa Brown. Hacia el Este se elevaban picados rocosos de cuatro mil metros de altitud, al sur se veía una zona cruzada por profundos desfiladeros. Al Norte y al Oeste nos flanqueaban una selva verde y espesa.
El nuevo campamento se rodeó de mayores medidas de seguridad, puesto que ahora no disponíamos de la astronave como seguro refugio nocturno. Las instalaciones se formaron sobre una resistente parrilla de acero entrelazado, en previsión de terremotos. Y el conjunto se rodeó por una alambrada de diez metros de altura que se electrificaba al anochecer como defensa contra las bestias salvajes de Xantroo, muchos de cuyos ejemplares habíamos podido entrever en la selva próxima.
Como si la Naturaleza de Xantroo se hubiera confabulado para hacemos sentir ridículos a los que estábamos en el secreto de una posible catástrofe telúrica, las dos siguientes semanas se distinguieron por una asombrosa calma.
Oeé brillaba magníficamente en el firmamento durante el día, las

temperaturas extremas eran muy agradables —estábamos en el período otoñal de Xantroo— y por la noche nos iluminaban claramente Xunah y Titz, las dos magníficas lunas o satélites del planeta.
Los trabajos se desarrollaban a gran velocidad, pues todos ansiaban llegar al final y abandonar Xantroo.
Claire Thomas se encontraba a unos tres mil kilómetros hacia el sur, rastrillando la última parcela, una franja de unos catorce millones de kilómetros cuadrados situada en la zona de los profundos barrancos y desfiladeros.
Para calcular las jornadas de trabajo que nos restaban antes de cargar las bodegas de *xindrio* en el Cosmeagle-I, decidí volar hacia allá, para lo que me hice acompañar de Bob Kimpling.
Hacia el mediodía estábamos volando sobre un impresionante panorama formado por desfiladeros y barrancos, algunos de ellos tan profundos como el cañón del Colorado.
Kimpling frunció el entrecejo al divisar la bandada de *worrocks* en lontananza.
—¡Esos repugnantes pajarracos! Hay más de cien —gruñó.
En efecto, a tres millas de distancia, la populosa bandada se cernía sobre una hondonada que semejaba un gran cráter. Precisamente en aquel hoyo se había instalado el campamento volante de Claire Thomas.
Un momento después, el «Mosca» que yo pilotaba se hallaba sobre la bandada de *worrocks*. Los enormes carroñeros planeaban majestuosamente a unos mil metros de altura y de cuando en cuando dejaban escapar sus tétricos graznidos.
Para disgregarlos, disparé varias veces el cañón electrónico del «Mosca» y varios pajarracos cayeron espectacularmente en un paroxismo de chillidos y aletazos agónicos. La bandada se dispersó y descendimos.
—¡Mire allí! —exclamó Bob, de pronto.
En el fondo de la hondonada una gran hoguera lanzaba a las alturas una negruzca columna de humo espeso.
Tragué saliva, pero no hice ningún comentario. ¿Una nueva desgracia?

CAPÍTULO XII

En el primer momento, apenas pudimos ver nada a través de la polvareda que las potentes hélices del «Mosca» acababa de elevar del árido fondo del cráter.
Luego el polvo volvió a posarse y contemplamos la gran masa negruzca que ardía a unos ochenta metros, muy cerca de las agrietadas paredes del cráter.
No muy lejos de allí, una máquina horadaba el suelo sacando

muestras de *xindrio* a la superficie. Nos tranquilizamos.
Claire Thomas vino poco después a nuestra nave, seguida de dos de sus ingenieros.
—¿Qué es eso? —pregunté en cuanto descendimos. Y señalaba la pira que seguía ardiendo en un extremo de la hondonada.
—Un gigantesco animal, una especie de varano de lava[1] que debía pesar cuatro toneladas, salió de una de esas grietas. Destrozó a George Huggins antes de que pudiéramos abatir al saurio —explicó Claire, fatigada—. Esto ocurrió hace unas dos horas. Por desgracia, Huggins ha muerto.
—¿Y la hoguera? —pregunté con la garganta seca.
—Ya sabe que este calor descompone rápidamente los cadáveres. El saurio atrajo a una bandada de *worrocks*. Las carroñeras descendían audazmente sobre el cadáver de ese bicho y todos comenzamos a sentimos Inquietos. Ordené que lo rociaran de nafta y le prendieran fuego para alejar a los *worrocks*. Parece que el procedimiento ha surtido efecto: ninguno de esos pajarracos se ha atrevido a volver.
—Muy bien —dije—. Ha hecho lo que debía hacer. ¿Cómo va el trabajo?
—No tan bien como hubiéramos deseado. El mineral es abundante aquí y se puede explotar a cielo abierto, pero el lugar está infestado de sabandijas que se ocultan en esas grietas. He visto «*xigs*», enormes y otras alimañas de aspecto terrorífico. El resultado es que la mitad de los hombres deben montar guardia mientras los otros trabajan —respondió.
Fuimos a descansar bajo las lonas del campamento volante y almorzamos en silencio. No se hacía ya el descanso de mediodía como antes porque, además de que las temperaturas eran menos altas en la canícula, todos ardían en deseos de terminar lo más pronto posible.
Claire fue la primera en terminar y se marchó. Media hora después la encontré en el fondo de un barranco de unos diez metros de profundidad, con su detector de xindrio en las manos. Un hombre montaba guardia en las alturas con un fusil electrónico, aunque Claire llevaba también una pistola al cinto.
—Vaya a descansar un rato —dije al hombre que vigilaba—. Yo me ocuparé de su guardia.
Cuando el vigilante se alejó, yo descendí hasta el tajo. El sol se reconcentraba allí y la temperatura me obligó a sudar copiosamente.
Claire me había visto, pero seguía atenta a su trabajo, de espaldas, ignorando mi presencia y de pronto grité:
—¡Janice!
Se volvió de un respingo, muy pálida. Y me miró profundamente.
—No es necesario que sigas fingiendo, Janice —dije con voz ronca—.

Tu disfraz fue muy efectivo en los primeros meses: esa frondosa peluca «afro» que oculta tus cortos cabellos rubios, las oscuras lentillas de contacto que esconden el color verde de tus ojos, incluso ese aparato de ortodoncia que deforma tus pómulos, hace más ancha tu boca y altera tu voz...
Su pecho se hinchó al compás de la respiración.
—¿Cómo... lo has sabido? —murmuró agitada.
—Siempre vi en ti algo extraño, enigmático, que atrajo mi atención... Además, tu estatura, tu aspecto físico... Pero fue Summers, en su loco delirio, quien me dio la pista. Luego... te serví un café amargo, ¿recuerdas? como a ti te gustaba, y mis sospechas se afirmaron. Por fin, conseguí que desde la Tierra me enviaran tus huellas dactilares, las de Janice Wolfman. Fue fácil tomar las tuyas aquí y compararlas con el documento que recibí a través de la *Worldspace Agency*. Coincidían plenamente...
Bruscamente arrojé al suelo el fusil que el vigilante me había entregado.
—Viniste a Xantroo para matarme, Janice. Diste un paso muy largo para consumar tu venganza, porque me odias —bramé, ronco—. Sé que no has sabido perdonar, aunque te lo he suplicado desde el fondo de mi corazón... De modo que he venido aquí dispuesto a que hagas lo que tienes que hacer. Tienes tu pistola, yo estoy desarmado... No será difícil explicarlo. Puedes decir que me volví loco, que te ataqué, que... Lo que quieras. Te creerán... ¡Vamos, Janice, hazlo ya, dispara!
Sus ojos me miraban fijamente a través de las gafas de oscuros cristales. Destellaban con... ¿odio?
Sus manos dejaron en tierra con lentitud exasperante el detector de xindrio. Con la misma lentitud se irguió. Su mano derecha, extrajo con cuidado su pistola electrónica, elevó el arma, apuntó...
Cerré los ojos, apreté los párpados.
«Lástima —pensé—. Me hubiera gustado que, en el último momento, Janice se hubiera sentido humana y sensible.»
Sonó bruscamente el horrísono «rssss» del disparo, incluso aprecié el fogonazo a través de los párpados.
Algo cayó sobre mis hombros y me desplomó. Mi rostro rozó el áspero suelo y dejé escapar un grito de dolor.
Algo muy pesado, palpitante, me aplastaba. Abrí los ojos y vi un pedazo de piel verdosa...
Janice corrió hacia mí y tiró de mis brazos.
—¡Vamos, haz un esfuerzo, Paul! —gimió—. ¡Un poco más...! Así.
Mis costillas crujieron, pero al fin logré escapar bajo el enorme peso, con la ayuda de Janice. Luego ella me arrastró a distancia prudencial y desde allí dirigí una mirada al enorme varano que se debatía al pie del muro pétreo haciendo rechinar los centenares de piezas cortantes

de su horripilante dentadura.
—¡Dios mío! —gemí—. No era contra mí que te disponías a disparar, sino contra ese monstruo...
Las lágrimas de Janice humedecieron mi rostro.
—Vi su enorme cabezota aparecer por esa grieta, a tu espalda. Y comprendí que te cortaría el cuello de una sola dentellada. Por eso no dije nada. Era preciso obrar y...
La tremenda tensión a que había estado sometida se resolvió en profundos gemidos sincopados y luego en un llanto relajado y suave.
Me dolía todo el cuerpo intensamente, pero conseguí incorporarme y la abracé.
Con ternura, retiró sus gafas y las miré a los ojos.
—Pero tú habías venido a matarme, Janice —dije, estupefacto.
Ella se estremeció.
—Sí —confesó—. Estaba loca de dolor y de despecho.
Pero había algo mil veces peor, a pesar de todo te seguía amando. Sólo vi un medio para arrancar tu recuerdo de mi corazón. Matarte.
—¿Y ahora?
—Hace ya tiempo que mi resolución se vino abajo.
Fue... cuando comprobé que tú no eres el monstruo de insensibilidad que yo imaginaba. Cuando todos enloquecieron... Cuando las tribulaciones se abatieron sobre nosotros y tú te entregaste en cuerpo y alma a hacer el bien por los demás. Entonces comprendí que me había equivocado... Cierto que los dos fuimos culpables, por negligencia. Pero ahora sé que las circunstancias adversas se aliaron contra nosotros. Y por encima de todo sé que te amo. Lástima que ahora...
No la interrumpí. Me hacía infinito bien escuchar su voz apasionada, sentirla vibrar entre mis brazos.
—Cuando comprendí que mi venganza era un propósito monstruoso, inhumano y fuera de lugar, decidí olvidarlo todo. Sólo tendría que seguir fingiendo mi personalidad de la ficticia Claire Thomas hasta que volviéramos a la Tierra o ...
Permanecimos en silencio unos instantes, íntimamente abrazados. El varano gigante estaba inmóvil; sus convulsiones habían terminado.
—Entonces, ¿me has perdonado? —pregunté esperanzado. ,
Alzó el rostro y me besó suavemente.
—¿Quien tiene que perdonar a quién? Creo que no hay nada que perdonar. Todos nos hemos purificado aquí, en Xantroo. Hemos sabido rectificar nuestros errores y hemos pagado por ellos en proporción más que suficiente —dijo en un susurro—. Quizá todavía haya una oportunidad para nosotros. ¡Si el futuro no fuera tan incierto!
Tenía razón. ¿Cuántos de nosotros conseguiríamos llegar con vida al final? Las expectativas no podían ser más sombrías.

Sin embargo, ahora que, milagrosamente, había recuperado a mi esposa, las fuerzas volvían a mí impetuosamente.
No hables así, amor mío —dije—. Ahora más que nunca vale la pena luchar. Ten confianza, Janice. Hay esperanza, ¡debe haberla, necesariamente!
De repente, Janice puso sus dedos sobre mis labios. —¡Calla! ¿No has oído?
Agucé mi oído, contuve la respiración.
Un rumor profundo, lejano, parecía provenir de lo más profundo de los senos de la tierra.
En aquel momento, el suelo vibró bajo nuestros pies.
—¡Un terremoto! —murmuró Janice, trémula de espanto.
—No es posible —murmuré—. Ahora no. ¡No es posible!

CAPÍTULO XIII

Las tres aeronaves se elevaron lentamente de la profunda hondonada. Abajo quedaban los equipos de prospección, la maquinaria, el campamento volante instalado, los víveres, incluso el cadáver de Huggins.
Treinta y ocho hombres y mujeres habíamos corrido histéricamente a cobijarnos en los «Moscas» cuando desde las alturas comenzaron a caer inmensos bloques de piedra de centenares de toneladas, que se deshacían con sordo fragor sobre el suelo, elevando polvaredas amarillentas.
Cinco de los nuestros habían perecido atrapados bajo los peñascos; ya nada se podía hacer por ellos. Pero hubiera sido igual: en la loca consternación de la huida, ninguno se hubiera detenido a recoger a un camarada herido.
Al fin, habíamos logrado guarecernos en las naves y éstas se habían alzado temblorosas sobre el infierno que acababa de desencadenarse allá abajo.
—¡No miréis! —gritaba Bob Kimpling, detrás de mí—. ¡Que nadie se asome a las ventanillas!
Pero yo sí podía ver a través de los cristales de la carlinga. Y lo que se ofrecía a mis ojos era un espectáculo espeluznante.
La superficie de Xantroo se desgarraba a nuestros pies en profundas simas humeantes que expandían espesos gases tóxicos. A medida que avanzaba la conmoción telúrica, las grietas se hacían más anchas y profundas y de sus senos brotaban explosiones de materias incandescentes que se disgregaban a su vez en el aire con terrible potencia, difuminándose en chorros de vistosos colores anaranjados, cárdenos y verdosos.
En comunicación por radio con los pilotos de las otras dos naves, les

ordené que se elevasen al máximo inmediatamente.
Abajo, ante mi vista, desaparecían de repente enormes extensiones de terreno, hundidas en las profundidades del planeta. A mi derecha, la tierra se alzó tan impetuosamente que temí que mi nave fuera alcanzada por la súbita y apocalíptica erección.
El aire se había enrarecido con las altísimas humaredas y el horizonte apenas era visible. De todas formas, la extensión que alcanzaban mis ojos se veía salpicada de cráteres que arrojaban furiosamente a las alturas rocas, magma y gases inflamados.
La temperatura del exterior era tan alta que el aire acondicionado del interior del «Mosca» apenas era perceptible. Por el contrario: dentro del vehículo la temperatura había ascendido a sesenta grados centígrados y todos sudábamos como pollos alimentados con chiles mexicanos.
Mi nave trepidaba de forma espeluznante. Los gases calientes nos impulsaban hacia las alturas, pero el efecto de las constantes deflagraciones podrían tener en cualquier momento un resultado funesto para nosotros.
Estaba pensando en ello, cuando escuché la voz de uno de los pilotos que nos seguían. Era Phil Durand y parecía consternado:
—¡Coronel, coronel! ¡Algo ha alcanzado una de mis hélices! ¡Mi «Mosca» está perdiendo altura!
Una nueva contrariedad. ¿Qué podía hacer? ¿Dejar a Durand y a los que viajaban en su nave expuestos a su suerte...?
Pensaba atropelladamente en una solución, cuando oí la voz susurrante de Janice a mi espalda.
—Hacia la derecha, rumbo Este, Paul. ¡Las montañas! ¿Las ves? Parece que aquella zona está más despejada.
Varié ligeramente el rumbo. En efecto, las altísimas montañas situadas hacia el Este se erguían claramente ante mi vista. Parecía que hasta allí no había llegado la desolación.
—Noventa grados Este, Durand —grité a través del intercomunicador —. Hacia las montañas. No pierda la serenidad, no vamos a abandonarles. Estaremos muy cerca, le ayudaremos. ¿Listos?
—¡Listos, señor! ¿Podríamos arrojar algo de material al vacío? ¡Quizás eso nos permitiría elevamos un centenar de metros! —consultó Durand.
—¡Arroje todo lo que sea! —le dije—. Lo único que importa es la seguridad de ustedes, de todos nosotros. —Okay, coronel —respondió.
Descendí un poco. Desde el «Mosca» de Durand estaban arrojando al vacío toda clase de objetos y poco a poco, el aparato, girando su hélice central a todo gas, se elevó unos ciento cincuenta metros.
Rápidamente, las grisáceas moles de las montañas se hicieron

visibles. La trepidación de mi «Mosca» era menos intensa y el aire se aclaraba.
Un nuevo problema se hizo presente cuando comenzamos a superar las primeras cumbres de aquellos riscos vírgenes. ¿Dónde encontrar un lugar apto para el aterrizaje?
Tras unos veinte minutos de sobrevolar la zona, hallé una pequeña submeseta pelada y lisa.
—¡Abajo! indiqué a mis dos pilotos. Y di el ejemplo descendiendo inmediatamente.
Minutos después, las tres naves se posaban sobre el páramo rocoso. Detrás, el espectáculo sísmico ofrecía una visión pavorosa, mil veces más horrible de lo que uno pudiera soñar en la pesadilla más agobiante.
Dejé escapar un suspiro y abandoné mi asiento. Los metales de la aeronave quemaban.
Detrás de mí, Janice apretó trémulamente mi mano.

* * *

La terrible actividad sísmica duró doce días. Durante ese espacio de tiempo, treinta y ocho personas vivimos en los limitados habitáculos de los «Moscas». Era imposible salir al exterior: el aire era tóxico y la temperatura rozaba los cien grados.
Durante aquellos días consumimos espaciadamente minúsculas porciones de las raciones de emergencia de los «Moscas». Hubo que racionar el agua al máximo y la tensión entre nosotros ascendió a límites insoportables, inhumanos. '
El movimiento telúrico cesó al fin, aunque la atmósfera estaba todavía contaminada de aquellos gases malsanos. De todas formas, era preciso intentar la singladura al campamento principal: los alimentos se habían terminado.
El día decimocuarto, los tres «Moscas» se elevaron sobre la meseta. Pusimos rumbo al Noroeste y partimos a mediana velocidad, puesto que la nave de Phil Durand apenas si podía alcanzar la velocidad de crucero.
Por el camino me inquietó intensamente una idea... ¿Qué habría sido del campamento principal?
«Si ocurrió lo peor, si ha desaparecido, nosotros seremos probablemente los únicos supervivientes», pensé, y me sentí aterrado.
Tres horas más tarde, el campamento estaba a la vista. ¡Indemne!
Cierto que cuando descendimos de las alturas, descubrimos unas grietas de dos o tres metros de anchura que recorrían caprichosamente la zona en toda su extensión, pero la parrilla que Artemisa Brown había propuesto como base del nuevo campamento habría resistido perfectamente el peso de las instalaciones.

Lentamente, descendimos sobre la explanada y las tres aeronaves se posaron sobre el resquebrajado suelo.
De improviso, escuché el griterío que provenía del campamento. Abrí la puerta del «Mosca» y salté a tierra. .
Entonces los vi. Casi un centenar de hombres y mujeres avanzaban hacia mí en cerrado pelotón.
Sus rostros estaban transidos por el odio y la desesperación y sus puños se cerraban hostilmente.
—¿Qué diablos ocurre? —grité estentóreamente. Janice bajó en pos de mí y trató de agarrarme por un brazo.
—¡Ponte a salvo, Paul! —gritó.
Pero yo me sentía demasiado irritado y confuso para hacerle caso, de modo que me desasí de ella y avancé hacia la turbamulta. .
—¡Matémosle! —gritó alguien de entre ellos.
Chillidos furiosos resonaron en mis oídos y centenares de garras se alzaron en el aire para aprehenderme.
Se diría que querían lincharme.
—Pero... ¿Por qué? —me pregunté, estupefacto.
Un golpe me alcanzó entre las cejas, otro me aplastó la nariz y un tercero me envió rodando al suelo.
La sangre manó fluidamente de mi nariz y mi boca.
Rápidamente, docenas de patadas cayeron sobre mí. Una bota me alcanzó en la cabeza rudamente y perdí el conocimiento.

* * *

—Descansa —susurró Janice. Y me acarició el rostro con la fría compresa—. Ya pasó lo peor.
Quise moverme pero desistí inmediatamente de ello: mi cuerpo era un puro dolor. Latigazos hirientes recorrían mi cabeza, mis brazos e incluso mis entrañas.
—No te muevas —me aconsejó Janice—. El doctor Bering me dijo que tienes fracturadas varias costillas. También te rompieron la pierna izquierda y los dos brazos. Tienes que guardar absoluto reposo.
—Pero ¿por qué, por qué? —pregunté en un lamento a través de mis labios partidos e hinchados como morcillas.
El pecho de Janice se hinchó.
—Una enorme grieta engulló a nuestro Cosmeagle-I —susurró en un soplo fatigado—. Esta es la horrible verdad: ahora no tenemos posibilidad de volver a la Tierra. Y ellos te culpan de ello.
—Justamente, supongo.
—No seas tonto. Estaban desesperados, eso es todo —dijo ella—. Bering y yo nos vimos obligados a contenerlos bajo la amenaza de las armas…

* * *

Durante unos dos meses, los supervivientes de la misión New Energy se dejaron dominar por la más negra desesperación. Habían abandonado toda disciplina, se cruzaron de brazos, olvidaron incluso su aseo personal y las medidas de seguridad, y se entregaron inermes al destino. Aguardaban que se produjera una nueva catástrofe que los llevaría irremisiblemente a la muerte.
—Debes hablarles, Paul. Tú eres su jefe, al fin y al cabo. Te escucharán: están deseando que alguien les dirija una palabra de aliento —me rogó Janice.
Vacilé durante uno o dos días. Al fin, una mañana me puse en pie y abandoné cojeando aparatosamente mi habitación. En cuanto salí al exterior. Bob Kimpling , siempre leal, se puso a mi lado con un fusil en la mano.
—Deja el arma, Bob —le pedí—. No va a hacer falta.
Artemisa Brown vino también junto a nosotros. Y Janice, el doctor Bering, Simpson, Bill Summers, Red Bradford, Dan Vitale, Phil Durand...
Nuestros camaradas yacían negligentemente en el suelo, indiferentes. Más poco a poco fue despertándose su curiosidad y algunos se aproximaron.
Cuando estuve en mitad del campo me detuve. Carraspeé para aclarar la voz y ordené con voz firme:
— ¡Pónganse todos en pie!
Primero obedecieron varias mujeres. Al cabo los hombres siguieron el mismo camino y, al fin, me vi rodeado por unas ciento cuarenta personas.
—Comprendo vuestra desesperación, amigos míos —dije—. E incluso voy a disculpar que os amotinarais. Lo que de ninguna forma puedo pasar por alto es vuestra desmoralización y vuestra estupidez...
Hice un alto para comprobar Que había captado enteramente la atención de todos y continué:
—Es cierto que no podemos contar con nuestro Cosmeagle-I. Tanto como que es muy probable que pase algún tiempo antes de que vengan a recogemos. No poseemos equipos suficientemente potentes como para comunicarnos con la Tierra, pero sí tenemos vehículos, naves, armas, provisiones, maquinaria y recursos para aguantar en Xantroo toda una vida.
—No queremos aguantar toda una vida aquí coronel. Y ésas son nuestras perspectivas —dijo Vanee Lockson en voz alta.
—Les comprendo, pero ¿no lo entienden? Aunque la *Worldspace Agency* no se preocupase de nosotros, ellos saben que Xantroo atesora cantidades inconmensurables de *xindrio*. Y *ello les hará venir aquí*, más tarde o más temprano.

Un rumor aprobatorio de voces acogió mis últimas palabras.
—Entretanto, volveremos a organizamos, nos ocuparemos de mantenemos activos y en buenas condiciones físicas y psíquicas. Me preocuparé de que no tengan tiempo de aburrirse, se lo prometo. Y ahora, por favor, vaya cada cual a sus dependencias. Se reanuda el servicio —terminé.
Catorce meses después, en el firmamento brilló un destello plateado, seguido de un silbido horrísono. Poco después la estilizada y majestuosa silueta del Cosmeagle-II se posaba a tres millas de nuestro campamento. Janice, nuestro pequeño Paul y yo salimos a la explanada y subimos a un «Mosca» para salir ál encuentro de los que llegaban en la poderosa astronave terrestre. Detrás de nosotros, los integrantes de *New Energy* nos seguían en vehículos terrestres e incluso a pie.
Habían nacido cuarenta niños y niñas durante aquel plazo. Niños que habían venido a poner una sonrisa en los labios de sus desesperados padres.
En cuanto a Janice, Paul y yo, tanto nos daba volver a la Tierra como seguir para el resto de nuestros días en Xantroo.
Porque allí no sólo nos habíamos encontrado a nosotros mismos, sino que también habíamos hallado la felicidad.
Mientras volábamos hacia el Cosmeagle-II, mi mano acariciaba la rubia cabeza de nuestro pequeño, que palmoteaba dentro de su pequeña cuna...

FIN

Notas

[←1]

Saurio de gran tamaño —casi cuatro metros—, muy voraz, descubierto en la Isla de Java y en otras islas indonésicas. El mayor vive en la isla de Komodo.